TEMAS SEXUALES

El arte de hacer el amor



A. MARTIN DE LUCENAY

1'25 PTS.

TEMAS SEXUALES

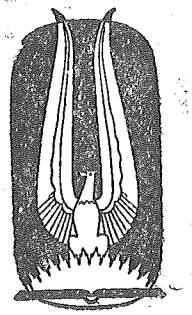
BIBLIOTECA DE DIVULGACIÓN SEXUAL

10

A. MARTIN DE LUCENAY

EL ARTE DE HACERSE AMAR

Las primitivas artes de seducción.--Los primeros pasos.--Hombre y mujer frente a frente.--Los métodos de la conquista.--Elección del amante.--Del noviazgo hasta la boda.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.--APARTADO: 8025.--MADRID

PRIMERA EDICIÓN
MARZO 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

ERNESTO GIMÉNEZ, S. A.—HUERTAS, 14 y 16

PROLOGO DEL TEMA

TODOS los seres, animales racionales e irracionales, todos en absoluto, están maravillosamente subordinados a los mandatos imperiosos de la Naturaleza, convertidos en leyes inviolables. En los primeros tiempos, perdidos en las tinieblas infinitas de lo remoto incognoscible, los seres primitivos "recién salidos de las manos diestras de su creador", antes que ocuparse de los imperativos de la nutrición, atendieron a esos otros más fuertes de la reproducción de la especie, puesto que ya fueron creados con edad suficiente para desempeñar tales funciones sin mayores dificultades. En las religiones y en las mitologías de todos los pueblos, nos encontramos ante la evidencia abrumadora de este hecho indubitable.

Fueron los primeros habitantes un macho y una hembra, constituídos, "naturalmente", lo mismo que cualquier macho y cualquier hembra de los tiempos actuales, pero, si queremos, como cualquier macho y cualquier hembra del país más salvaje, del pueblo más inculto, de la tribu o del klan más primitivo y más desconocedor de que existan en el mundo otras razas superiores, susceptibles de sustituir el instinto sexual por reglas o métodos convencionales de una moral que, lógicamente, no estaban obligados a conocer. Supongamos que esa y no otra fué la ética de los dos primeros seres que tan divina y artificialmente surgieron de la tierra para vivir en ella; supongamos, también, que, prescindiendo de todas las prescripciones de esa divinidad cradora que intentaba poner trabas al instinto—que es tan fuerte que venció al supuesto creador todopoderoso—, violasen los mandatos superiores, como, en efecto, sucedió...

El hombre, más fuerte, quiso resistir a la tentación, que ya dominaba por completo a su compañera, accediendo a lo que ella pedía bajo la seductora incitación de la serpiente, que con tanta facilidad engañó a Eva. Pero como ambos comprobaron que "era cosa buena", bien pronto él olvidó sus escrúpulos, que fueron disueltos por el cáustico de las circunstancias, y, sobre todo, por el afán de Eva de juguetear con el sumarísimo delantal que se confeccionó valiéndose de una sola hoja de higuera.

Así descubrió Eva un detalle importantísimo de seducción, o, dicho de otra manera, del arte de hacerse amar. Luego empezaron ellas: los hombres no han hecho otra cosa que "dejarse seducir".

No obstante, de aquellos tiempos a estos las cosas han cambiado mucho, y aquella actitud femenina ha trascendido al hombre: hoy "castigan" los dos sexos, y las artes de seducción, las artes de hacerse amar se emplean indistintamente por unos y otras de manera muy diversa, lo mismo entre los civilizados que en aquellos pueblos que, a pesar de tantos milenios transcurridos, no salieron del marco de las costumbres primitivas. En el arte de hacerse amar, la civilización ha introducido normas convencionales que sirven para limar las aristas del sentimiento instintivo, del impulso primordial. Pero si nos fijamos en los hechos con un poco de atención, veremos que en lo fundamental, en el vértice donde han de coincidir los elementos opuestos, hombre y mujer, todo es igual, bien poco ha cambiado, nada hay digno de atención en lo que afecia, específicamente, a las expresiones temperamental.

Amar, como dijo Ovidio, es un arte; pero aun es mucho más importante, no el arte de amar en sí, sino el arte de inspirar amor en aquel individuo que seleccionamos, que nos agrada, que nos atrae sexualmente, sin que éste, a lo peor, llegue a darse cuenta exacta de las emociones que en su torno despierta. En los tiempos primitivos, al menos según la Biblia, fué la mujer quien tomó la iniciativa, y es fácil que así estuviese sucediendo durante miles de años que se han perdido para nosotros en el negro abismo que abrieron los siglos. Mas ahora, pocas veces es la mujer la que imita a su primer congénere, y el papel, por lo general, ha de desempeñarlo el hombre, porque a ella, ya lo hemos dicho, se lo impide un cúmulo bestial de estúpidos convencionalismos que denominan "morales" quienes así lo han querido.

Pero, digámoslo ya, todo eso no representa un obstáculo invencible. Desde el punto de vista de la psicología, hemos de ver en las páginas que siguen que un hombre o una mujer—más aquél que ésta—, pueden descubrir en el ser elegido signos muy valiosos, muestras muy significativas sobre qué basar la táctica a seguir con las mayores probabilidades de éxito en la consecución del triunfo propuesto.

Ahora bien, los métodos suelen ser de muy diferente índole y muy diversos también los resultados que con su empleo se obtengan, ya que hay que tener en cuenta circunstancias múltiples; pero, esto no obstante, aun es relativamente fácil establecer reglas generales como normas de conducta, y tenemos la certeza de que estas suelen demostrar su eficacia en la inmensa mayoría de los casos, ya que, por lo común, puede decirse que, con pocas variaciones, la expresión de tales fórmulas tienen un sentido totalmente universal.

LAS PRIMITIVAS ARTES DE SEDUCCION

El amor se enseña y se aprende.—Influencia de la civilización.—Instrucciones privadas.—La enseñanza en los pueblos salvajes.—El arte de la seducción en Siam y Birmania.—Honradas y prostitutas.—Lo que copian las honradas, con el fin de hacerse amar.—El taparrabos.—Adornos y tatuajes.—La aristocracia y el tatuaje.—El valor y la fuerza, como métodos de seducción.—Diferencias de cultura.—El amor entre las arañas.

Ya hemos visto en volúmenes anteriores cuanto al temperamento se refiere, lo que concierne a la vida sexual con su técnica usual, lo que es el pudor, lo que la práctica de la sexualidad encierra, con sus ventajas y sus inconvenientes... Se ha analizado todo con el detalle posible, a fin de que el que leyere, comprendiendo e interpretando lo escrito en su justa medida, pudiese acopiar los más ricos elementos de juicio necesarios a la práctica de una perfecta orientación en esta ciencia, aparentemente infusa, de la sexualidad.

Todo aquello lo hemos dicho en el supuesto de que ambos sexos hubieran traspasado el dintel del amor psíquico más o menos normalmente, pero, al fin y al cabo, sólo desde el instante preciso en que la unión carnal va a tener una materialización evidente. Mas hasta llegar a ese momento, forzosamente han de desarrollarse muy diversos episodios que llamaremos exclusivamente psíquicos a fin de diferenciarlos de aquellos otros procesos en que el alma y la carne participan igualmente en la evolución ordenada del amor sexual normal.

Hay quienes aseguran que el amor no puede enseñarse ni ser aprendido, puesto que se adquiere directamente de la Naturaleza. Esta afirmación necesita de muy detenidas aclaraciones, aunque en principio pueda decirse que en lo que al hombre civilizado se refiere, la opinión no es admisible en el caso de que en ella quiera comprenderse a la práctica sexual que es el final de todas las aspiraciones de

una pareja que se unió para, entre otras cosas, hacer perpetua la raza.

Ya hemos visto que esa definición carece de valor absoluto, cuando nos hemos referido a los múltiples casos en que tanto el hombre como la mujer, y más ésta que aquél, ignoraban hasta la práctica, no digamos refinada, sino elementalísima, del coito. Un matrimonio que sin duda no tuvo más enseñanzas que las que le proporcionó el ejemplo de los animales domésticos, estuvo practicando el coito anal durante algunos años, hasta que extrañados de no tener descendencia, acudieron a un médico, el cual hubo de indicarles el camino a seguir.

Pero no es este el solo aspecto de la cuestión, ya analizado anteriormente, sino que nuestro estudio tiende ahora a la parte espiritual del problema. En efecto, la cópula en sí, pese a los casos citados, bien poco tiene que enseñarse para ser ejecutada: lo peor es que de que esté bien a que esté mal, va una diferencia enorme. Mas el amor, la unión sexual, no depende solamente del acto material del coito, al que se llega después de una complicada serie de fenómenos que es a lo que vamos a referirnos principalmente.

Ovidio, en su *Ars amatoria,* dijo y demostró que el amor no es un mero instinto animal, ni tampoco un deber obligado y forzoso, "sino una relación humana, refinada y compleja, que necesita ser desarrollada y cultivada". Y un autor contemporáneo afirma, que si hiciéramos una investigación más amplia e inquiriéramos acerca de las enseñanzas especiales con que en muchas partes del mundo se prepara a los jóvenes para entrar en la vida, veríamos que con frecuencia el arte de amar, en sus distintas fases, forma parte de dichas enseñanzas y disciplina preparatoria. Ellis, a este respecto, afirma: "A pesar de ser en extremo limitados los métodos de educación empleados por los pueblos primitivos, comprenden casi todos un entrenamiento especial y una enseñanza utilísima de las artes que hacen a la mujer agradable al hombre, y a éste agradable a la mujer; con lo cual esos pueblos deducen que el cortejo no es sólo un preliminar o preparación para el matrimonio, sino una parte esencial y biológica de las relaciones matrimoniales."

En nuestra actual civilización y yo creo que en todos los tiempos habidos, a las tendencias naturales o instintivas de la seducción, se han agregado las prácticas emanadas de otras experiencias, bien adquiridas por intuición, o aprendidas también por iguales procedimientos. Mas ello no ocurre solamente entre los civilizados, donde

esa materia que se refiere al arte de hacerse amar sólo se enseña en privado, acaso como una demostración más que añadir a las muchas existentes de la hipocresía que se deriva de las más elevadas concepciones de la cultura: muchos pueblos salvajes practican estos métodos educativos desde época inmemorial, siendo algunos aspectos todo un compendio de psicología infalible.

El célebre etnólogo Stecker refiere las costumbres que a este respecto ha podido observar entre los indígenas de Abisinia y de las costas de Zanzíbar, diciendo que las madres enseñan a sus hijas a mover las nalgas, como uno de los más poderosos métodos de seducción. Estos movimientos, de carácter giratorio, se denominan "duk-duk", y el no saberlos practicar se dice que es una vergüenza y una deshonra para la muchacha. Agrega también que entre las mujeres Swahili de Zanzíbar se cultiva todo un sistema de artísticos movimientos de caderas que ponen en práctica durante el coito, pero que también remedan cuando tratan de llamar la atención de los hombres. Es especialmente conocida en la costa, y una mujer swahili no tiene títulos para ser llamada "señora" mientras ignore las prácticas de dicho arte. De sesenta a ochenta jóvenes practican el baile de las caderas, unas con otras, por espacio de ocho horas, todos los días, completamente desnudas y cantando mientras bailan. El público no puede presenciar el baile, que es una especie de imitación de los movimientos del coito. Las bailadoras más diestras, se dice que despiertan la admiración de las demás, y durante la última fase de esta iniciación se practican diversos ejercicios que demuestran la destreza y habilidad de las bailadoras. Por ejemplo, uno de estos consiste en acercarse bailando a un fuego y retirar de las llamas una vasija llena de agua hasta el borde, sin derramar una sola gota. Al cabo de tres meses terminan las enseñanzas, y la niña regresa a su casa vestida como para una fiesta, considerándose desde ese momento que está en disposición de contraer matrimonio. Costumbres parecidas a estas dícese que se practican en las Indias holandesas y en otros varios puntos.

La muchcha swahili, aparte de estas danzas, parece que conoce distintas artes de seducción, como por ejemplo, el adorno del cabello, el uso de los perfumes, especialmente el almizcle, y hasta el cuidado de las manos. Según las referencias de los exploradores y etnólogos, estas jóvenes, no obstante el color negro de su piel, tienen facciones que no dejan de ser atrayentes incluso para los europeos. (Lámina I).

En Siam también se enseña a las mujeres el arte de hacerse

amar, y precisamente por medio de la danza, como sucede en los pueblos que acabamos de citar. Las muchachas practican estos bailes en privado dirigidas por profesoras especiales. No es sólo la danza, sino también otros movimientos y modos de andar que resultan muy graciosos. Otro tanto ocurre en Birmania, con la diferencia de que las aprendizas del arte visten trajes especiales muy parecidos a los de las bailarinas del país. Tan pronto reciben el alta en sus alegres estudios, acostumbran salir a la calle vestidas de esa manera, y no es difícil que "cacen" al hombre que, por lo menos, se convierta en el padre de sus hijos... (Lámina II, A).

El célebre Rétif de la Bretonne, en su obra *Monsieur Nicolas*, dice, con relación a esto, y allá por el siglo XVIII, lo siguiente: "¿Por qué las mujeres sin moralidad son más seductoras y más amantes que las mujeres honradas? Es porque, a imitación de las cortesanas griegas, aprenden a ser graciosas, a ser voluptuosas y a agradar a los hombres. Los ridículos detractores de mis *Contemporáneas* no supieron, por lo visto, admirar el fondo filosófico de mis cuentos, el cual consistía en sugerir a las mujeres honradas los medios para hacerse amar. Me agradaría extraordinariamente ver implantados los sistemas de iniciación que emplearon los antiguos... Hoy en día, la felicidad de la especie humana depende en absoluto del azar; la experiencia de casi todas las mujeres es puramente individual, como la de los animales. Algunas poseen, sin duda, grandes encantos; pero éstos son instintivos y desaparecen con ellas. Unicamente las prostitutas hacen un estudio superficial y ligero del arte de gustar a los hombres; pero dicho arte, ofensivo, dañoso y lujurioso, pernicioso tanto para la salud de la mujer como para el bolsillo del hombre, no se parece en nada al arte santo y venerable que aprendieron las respetables matronas griegas y romanas, y cuyo único objeto era la unión del marido y la mujer y su amor mutuo fortalecido por el placer de ambos. La religión cristiana tuvo a bien abolir los misterios, so pretexto de que eran infames; pero también nosotros hoy tenemos derecho a considerar dicha abolición como uno de los daños inferidos a la Humanidad por el cristianismo, o, mejor dicho, por un puñado de hombres de escaso entendimiento y equivocado fervor, puritanos peligrosos, enemigos fatales del matrimonio."

Desde la fecha en que el célebre tratadista del amor escribió *Monsieur Nicolas* a la actualidad, la mujer, en cuanto a las artes de la seducción se refiere, se manifiesta en expresiones iguales. En las ciudades donde la prostituta no es víctima de ese concepto estrecho

de la moral que las considera como a bestias feroces a quienes hay que exterminar, y esto como reminiscencia de la época en que Rétif de la Bretonne andaba por el mundo, la mujer "honrada" no se diferencia en ningún detalle estético de la que no lo es, y sabido es que unas y otras frecuentan los mismos lugares sin que por ello la "honrada" experimente escrúpulos destacados. Unas y otras esgrimen idénticas armas de seducción, aunque la finalidad no sea semejante en sus manifestaciones psíquicas y físicas, o, por mejor decir, materiales.

Pero aún es justo reconocer otro hecho: la prostituta, es indudable, siempre tiene para la mujer que no lo es un atractivo vigoroso que debemos analizar. Generalmente, tratándose de hetairas de "alto bordo", no es difícil apreciar en ellas, aparte de su belleza natural, otros detalles importantísimos del arte de la seducción. Saben vestir con elegancia y buen gusto, saben maquillarse realzando sus encantos, tienen ademanes distinguidos, gustos refinados, aficiones mundanas... Son profesionales del "arte de hacerse amar". Y, naturalmente, la "honrada", que aspira a ser tan seductora como la que no lo es, ha de imitarlas en cuanto pueda y en ello pone un verdadero empeño. Antiguamente, era poco menos que una deshonra proceder de esta manera: hoy, dígase cuanto se quiera, resulta "de mal gusto" no hacerlo así. Así pues, las afirmaciones de Rétif de la Bretonne, han perdido actualidad, aparte de que la moda, que tan importante papel juega en la seducción, es un estimulante sexual de muy especial naturaleza, cuya base estriba en el deseo de variación, en el anhelo de distinguirse, de sobresalir, de singularizarse entre la masa urbana. La civilización ha traído todo esto.

Ahora bien, en los pueblos salvajes donde el vestido no forma parte de las necesidades perentorias de los individuos, los taparrabos no son ningún velo del pudor, en la mayor abundancia de los casos. Cuando estas prendas tan sumarias no tienen por objeto resguardar los genitales contra cualquier peligro, como arañazos, roces, contusiones, traumatismos, etc., se emplean como adorno, y, más que nada, como signo llamativo de la atención, lo que resulta todo lo contrario que si lo estimásemos como púdica cubierta de los órganos sexuales.

Las mujeres "ouled-nail" de Argelia, a pesar de los afeites que emplean para acentuar las sombras de los ojos y la titura de alheña para las manos, no creen que tales elementos de seducción sean completos si a ellos no agregan los collares, sartas de monedas y otros adornos que se colocan en la cabeza. Una "ouled-nail" dá cuanto se

le pida, con tal de adquirir estas joyas, siempre construídas de m
les preciosos. (Lámina II, B).

En otros pueblos, el tatuaje parece ser, sobre todo en el hom
uno de los más destacadoss elementos accesorioss de belleza enc
nados a atraer la atención de las mujeres. Esta tendencia a tatu
y pintarse el cuerpo, existía ya en los tiempos prehistóricos, como
ha comprobado por el hallazgo de tierras teñidas y pastas de colo
engrasadas con la grasa de los renos. Los tatuajes los hacían con
lados cuchillos de piedra de estructura especial. Pero donde el tatu
parece haber alcanzado mayor interés como incentivo sexual, es e
tre los maoris, pueblo de Nueva Zelanda, situada en el archipiéla
de la Polinesia. Puede decirse, que el hombre que más abundantes
complicados tatuajes ofrezca en todo su cuerpo, es el que se ha
más irresistible a las mujeres. (Lámina III).

Dice Bloch, que en favor de este carácter sexual del tatuaj
habla la circunstancia de que en numerosos pueblos salvajes d
Océano Pacífico, se tatuan las muchachas únicamente la región gen
tal, principalmente el monte de Venus, para incitar a los jóvenes.

Pero también en los pueblos modernos se encuentra el tatuaj
si bien sólo entre ciertas clases bajas del pueblo, como son los mari
neros, los criminales y las prostitutas, en quienes los instintos, com
dice Lombroso, todavía se muestran especialmente acentuados.

No obstante, también se han observado estas tendencias entr
gentes distinguidas, especialmente en las mujeres, significándose en
tonces el tatuaje como una variedad de la moda de clara expresión
erótica y sexual. Esto parece que llegó a su máximo apogeo allá por
los comienzos del siglo actual, y al efecto, René Schaweblé refiere en
su libro *Los Perturbados de París,* que la costumbre del tatuaje iba
adquiriendo gran incremento entre los hombres y mujeres de la mejor
sociedad de la capital francesa, hasta el punto de que un médico ins
taló un gabinete que frecuentaba una selecta clientela.

El citado autor habla en su libro de las *tatuadas* y describe una
reunión de aristócratas libertinos tatuados, en una casa, instalada
al efecto, en la rue de la Pompe en Passy. "En una de aquellas da-
mas—dice—, el tatuaje imitaba las medias, lo que prueba la afinidad
del tatuaje con el vestido. Otra se había hecho tatuar inscripciones
en el muslo y en las caderas; dos llevaban las pantorrillas adornadas
con guirnaldas de hojas de parra; sobre el vientre pájaros que se
picoteaban y en la espalda una porción de ramos de flores. Una mar-
quesa se había hecho tatuar entre las paletillas su escudo nobiliario,

y otra encopetada dama mostraba las más obscenas pinturas de carác-
ter satánico. Dos señoras, indudablemente homosexuales, llevaban un
tatuaje común; es decir, que se completaba cuando se juntaban y en-
tonces se comprendía; pero el más extraño era el de la señora de la
casa, representando una cacería dibujada alrededor del cuerpo y con
los colores más variados, y en la que nada faltaba. ¡El animal perse-
guido era un zorro tatuado en la región genital!"

Por todos estos procedimientos, casi siempre dolorosos, las muje-
res, más que los hombres, pretendían enriquecer sus atractivos se-
xuales en el sentido de "llamar la atención" de aquellas personas por
quienes deseaban ser amadas. El adorno, las joyas, las flores, todas
esas delicadezas comunes a todos los pueblos, son empleadas por las
mujeres como recursos complementarios de seducción.

El hombre, por lo general, también recurre a los adornos, aunque
en menor proporción que la mujer. Su principal orientación en el
arte de despertar amor, se basa en el valor, en la fuerza, en la habili-
dad, etc., esto es, en las características netamente viriles. Antigua-
mente, entre los indios norteamericanos, el hombre que más cabelle-
ras cortaba a sus enemigos, no era sólo considerado como el más
valiente de la tribu, sino también como el más digno de la atención
de las mujeres más bellas de la comunidad, las cuales se disputaban
el matrimonio con los valerosos jóvenes cazadores de cabelleras.

En las islas de Tonga, aun en los tiempos actuales, también el
valor y la audacia significan para el hombre el más recio puntal de
sus conquistas amorosas. Entre estas gentes, el hecho de quitar la
vida o herir a un semejante, es, como en los pueblos civilizados, un
delito. Ni aun en las guerras está permitido que el vencedor se en-
sañe con sus víctimas, por lo que el valor no se demuestra en la gue-
rra, sino en la pesca de los cetáceos y feroces escualos que pululan
por aquellas aguas.

Estos indígenas, fuertes, arrogantes y perfectamente constituí-
dos, pasarían en Europa como modelos de belleza masculina; pero
aquellas mujeres, son, al parecer, más exigentes, y la belleza física
de sus adoradores les interesa bastante menos que esas otras cuali-
dades viriles. Un indígena que se haya especializado en la pesca de
tiburones, lo que efectúan desnudos y con un afilado cuchillo entre
los dientes, podrá elegir a cuantas mujeres quiera, pues todas esta-
rán dispuestas a palpitar de amor entre sus brazos. Cada colmillo
de tiburón que un hombre agrega a su collar, equivale a un paso e
firme en el camino de su vida amorosa. (Lámina IV.)

En las danzas de los pueblos primitivos como en los bailes de los salones elegantes de los países civilizados, las artes de la seducción tienen uno de los más destacados escenarios. La danza, absolutamente en todas sus manifestaciones, representa un significado motivo de excitación sexual: mas prescindiendo por ahora de su estudio en este aspecto, veremos que todas estas expresiones van unidas a las artes de seducción empleadas por las gentes de todas las latitudes.

Las danzas *moku* de los indígenas de las islas Molucas, se celebraban por la noche, constituyendo un soberbio espectáculo que causaba la admiración de los primeros colonizadores europeos. Poco a poco fueron extinguiéndose estas costumbres bajo la influencia demoledora de la civilización, y hoy apenas si pueden observarse estos usos en los poblados del interior de las islas. Según el testimonio de algunos viajeros observadores, las fiestas donde se practicaban las danzas *moku,* tenían lugar a la luz de grandes antorchas de bambú seco y hogueras de hojas resinosas que alumbraban los gigantescos árboles hasta las ramas más altas, iluminando a distancia las chozas construídas en el bosque.

W. Joest, describiendo estas escenas, dice que las mujeres se hallaban acurrucadas cerca de las hogueras, produciendo un ruido ensordecedor con los "gongs" y tambores, mientras las jóvenes, ricamente ataviadas con perlas legítimas y fragantes flores, esperan el comienzo de la danza. Entonces se presentan los hombres y los jóvenes desarmados, pero vestidos con los trajes de guerrear, y con los cinturones recientemente marcados con el número de enemigos a quienes han dado muerte. Entre estos salvajes, el hombre que mayor número de cráneos puede mosfrar, es el que tiene más probabilidades de conseguir el objeto de su amor.

Los jóvenes van cogidos del brazo unos de otros, formando un círculo que no está completamente cerrado. Comienzan un canto, y con pequeños pasos el círculo se mueve a uno y otro lado, culebreando, abriéndose y cerrándose: los pasos se hacen más lentos, los cantos y tambores más ruidosos; las muchachas penetran en el círculo con los ojos cerrados y cogen el cinturón del joven que prefieren, el cual la abraza por las caderas y el cuello. La cadena se hace cada vez más larga, puesto que se han unido al corro los hombres y mujeres casados, la danza y los cantos se hacen más ardientes, hasta que los bailarines se cansan y desaparecen en la obscuridad de la selva, adonde las vírgenes tardan bien poco en dejar de serlo...

Entre los indios *minnetarees* que habitan al pie de las Montañas Rocosas de los Estados Unidos, el célebre etnólogo americano doctor H. Long, dice que ha observado "una danza nocturna muy singular, dándose ocasión a las mujeres para que escojan a sus favoritos". Describe la ceremonia diciendo que en la plazoleta donde se celebraba se reunían todas las gentes del poblado, tomando parte en la fiesta los jóvenes sanos y vigorosos y las muchachas vírgenes, pero permaneciendo algo distanciados los hombres, en tanto que bailan las muchachas solas.

Agrega Long, que cuando una mujer se adelanta durante el baile hacia el hombre de quien está enamorada, bien por sus atractivos personales, o bien por su renombre como guerrero, le toca en el hombro y sale corriendo inmediatamente para ocultarse en los bosques seguida de su favorito. Pero si éste siente preferencia por otra, de la que espera igual favor, o si está ligado por algún voto, o está ya hastiado del amor, rehusa cortesmente el ofrecimiento colocando su mano en el pecho de ella, con lo cual vuelven los dos a la reunión reanudando el baile. Afirma el citado autor que entre estos indios la palabra *watche* se aplica igualmente a la diversión de la danza y a las relaciones sexuales.

No cabe duda que el valor, como hemos dicho antes, es una de las cualidades más apreciadas por las mujeres, pudiendo añadirse a esto que cualquier proeza, cualquier rasgo de habilidad, producen los mismos efectos de atracción entre las gentes menos cultas de los países civilizados. Pitré, un psicólogo italiano, refiere que en Sicilia el joven que desea casarse trata de dar alguna prueba pública de su valor, y de darlo a conocer. En Chiaramonte los jóvenes, para evidenciar su fuerza viril, acostumbran a subastar el derecho de llevar en las procesiones el estandarte de alguna hermandad o cofradía. Dicho estandarte es muy alto y está lleno de adornos; es tan enorme que se dobla por su propio peso, hasta el extremo de que el que lo lleva se ve obligado a caminar en una posición muy molesta, con la cabeza hacia atrás y los pies adelante. Al llegar frente a la casa de la amada da pruebas de su habilidad y fuerza levantando el pesado estandarte, que en aquel momento parece un juguete en sus manos, pero que puede serle fatal lesionándole los riñones.

Pero en España puede observarse algo parecido, especialmente en los pueblos y hasta entre las gentes menos cultas de las grandes ciudades. En todos los juegos típicos del país, una de las principales determinantes de la fuerza, la destrezay la audacia deljuga-

dor, es el estímulo de la admiración causada en la mujer a quien se galantea. El enamorado procurará siempre que tenga ocasión de cambiar la palabra con su prometida, de aludir a esos juegos, en primer lugar, para inquirir si ellos resultan del agrado de la elegida, y, por otra parte, para hacer resaltar su intervención encareciendo la importancia y la dificultad de ciertos detalles, precisamente los que más puedan interesar a la muchacha. Mas, en fin, esta táctica ingenua de galanteo es tan elemental, y, a mi juicio, tan instintiva, que no estimamos necesario insistir demasiado sobre dicho punto. No obstante, en los medios de cultura inferior, no cabe duda que tales procedimientos no han perdido actualidad ni es fácil que la pierdan tampoco, precisamente, como hemos dicho, por referirse a una de las múltiples expresiones del instinto sexual, que sólo la civilización es capaz de eliminar sustituyéndolo por otros métodos "más refinados" y si que también "más artificiales".

Así pues, hemos de afirmar que las expresiones todas en que el individuo se manifiesta en el desarrollo de esa táctica del galanteo o de la conquista, están subordinadas siempre a las evoluciones de la cultura, o, mejor dicho, a los distintos grados de educación. Un hombre de gran capacidad inteléctual, de refinada cultura, puede ejercer mayor atracción sobre una mujer de su clase que sobre cualquier campesina zafia e inculta, siempre, naturalmente, que los procedimientos empleados con una u otra sean idénticos y, también, que la inclinación amatoria de la campesina no sea exclusivmente cerebral.

En cambio, un campesino en condiciones semejantes de inferioridad cultural, puede llegar fácilmente hasta la mujer culta y distinguida, en cuyo caso, es fácil que los elementos psíquicos que a ella le impulsen a la entrega resulten completamente nulos, no evidenciándose la disposición por otros hechos que aquellos que se derivan de la consciencia libre del instinto o del impulso sexual.

Ya hemos dicho que el amor sexual no puede ser perfecto, armónico y completo mediante la sola comunión de la carne: es imprescindible una mayor o menor identificación espiritual, basada en un psiquismo equilibrado. Por lo tanto, el arte de hacerse amar, no se aprende en la Naturaleza únicamente, sino que necesita ser enseñado y aprendido. Lo único que, en todo caso, puede enseñarnos la Naturaleza por medio del ejemplo de los animales más parecidos al hombre e incluso por el hombre mismo de los pueblos salvajes, es el mecanismo de la cópula y hasta la estética del ayuntamiento: pero nada

más. Si el amor fuera eso solo, la satisfacción de un impulso monovalente, no hay duda que bien poco tendríamos que aprender que no nos enseñase el impulso mismo; mas como se trata de dos impulsos, esa ambivalencia necesita de una táctica, de una técnica y de un arte que en menor grado expresivo es fácil de descubrir incluso entre los animales inferiores.

Muchos tratadistas han realizado curiosas, pacientes y valiosísimas investigaciones en numerosas especies animales, incluso en el caracol, la araña, la polilla, etc., por lo que se ha demostrado que o bien el macho o bien la hembra, o, ambos a la vez, desarrollan una táctica de hechos singulares que equivale a los métodos de seducción empleados por el género humano. Al efecto, como nota curiosa, nos parece oportuno transcribir lo que el sabio naturalista G. W. Peckhman dice acerca de las arañas.

Afirma que encontrando una araña en estado de maternidad, la colocó en una caja dándola un macho por compañero al siguiente día. Observó que ella permanecía inmóvil a una distancia de doce pulgadas; su vista parece que excitó al macho, y se dirigió hacia ella; cuando sólo distaba unas cuatro pulgadas, se detuvo, y entonces empezó los movimientos más notables que un macho enamorado pueda ejecutar ante una hembra que le admira. Ella le examinó con avidez, cambiando de posición de cuando en cuando, de modo que le tuviera siempre a la vista. El, levantando todo su cuerpo, extendiendo las patas por un lado y bajándolas por otro, plegando los dos primeros pares de patas, se inclinó todo lo que pudo, hasta el punto de que estuvo en peligro de perder el equilibrio, conservándole gracias a que se deslizó rápidamente hacia el lado más bajo. El palpas también fué vuelto para corresponder a la dirección de las patas más próximas. Describió un semicírculo de unas dos pulgadas, y luego, instantáneamente, cambió la posición de las patas y se movió en dirección opuesta, aproximándose cada vez más a la hembra.

Entonces ella dió un salto hacia él, al mismo tiempo que éste, levantando su primer par de patas las extendió hacia adelante como para detenerla, retirándose lentamente. Una y otra vez él iba de un lado a otro, mientras ella le miraba cada vez más mansamente, admirando sin duda la gracia de sus movimientos. Esto se repitió hasta que el observador contó hasta ciento once círculos descritos por el ardiente y pequeño macho. Entonces se aproximó cada vez más, y cuando estuvo bastante cerca giró a su alrededor y ella se le unió, girando con él con velocidad vertiginosa. Luego él cayó de espaldas y

reanudó sus movimientos circulares con el cuerpo inclinado; ella, completamente excitada, bajó la cabeza y levantó el cuerpo casi verticalmente; los dos se acercaron, ella se deslizó lentamente por debajo de él, que se agarró a la cabeza de ella, y así se verificó el ayuntamiento.

Y ya expuestos los métodos primitivos de las artes de seducción entraremos en el estudio de los procedimientos modernos, en los que huelga decirlo, influyen en gran medida los múltiples recursos en que tan rica se muestra la civilización.

LOS PRIMEROS PASOS

La pubertad y el amor.—Modificaciones de la pubertad.—Olor genital.—Cambios en los genitales.—Desarrollo precoz.—Modificaciones intelectuales. — Estados anormales. — Aparición del impulso.—Actitud de la mujer.—Su superioridad. Los libertinos.—Pasiones vehementes.—Preferencias de los románticos.—Coquetería.—Inconvenientes de la sinceridad.—Dafnis y Cloe.—El amor de los adolescentes.—La educación en común.—Los internados.

CUANDO llega la hora de la pubertad, en algunos individuos ya hace tiempo que se presentó la hora del amor. Pero no hemos de referirnos a esa época prepúber, aunque un literato pudiera escribir encantadores capítulos de gran interés emotivo, en vista de que esos amores, esas pasiones deliciosas o terribles, carecen de importancia biológica, ya que ni el testículo del niño ni el ovario de la niña están formados para la práctica normal de la sexualidad. No obstante, cuando hablemos de la educación sexual, hemos de ocuparnos de este aspecto que no deja de ser interesante.

Ya es sabido que la pubertad se caracteriza por muy destacadas y diversas modificaciones del organismo en los dos sexos. En la mujer, esas modificaciones entrañan un conjunto de fenómenos que dan lugar a que en su cuerpo y en su espíritu se opere un cambio notabilísimo. Las formas se redondean desapareciendo los ángulos más o menos acusados que la hacían parecerse a los varones de su edad. Al aparecer las reglas, la piel se torna delgada y tierna, tomando un tinte ligeramente azulado, especialmente en las morenas, cuyos ojos aparecen sombreados por un cerco violáceo más acentuado.

Pocos meses antes de presentarse el primer flujo menstrual, el pubis se adorna con las pilosidades que constituyen el monte de Venus, cuya coloración puede ser diferente a la del cabello. Más tarde, por lo general, también estas vegetaciones pilosas aparecen en las axilas, esto es, los sobacos. Todas las glándulas entran en actividad,

y entonces se destaca un olor, casi un "perfume" especial, cuando la joven es limpia y amiga del agua, olor que los italianos denominaron *odor di femina,* que no es más que el olor genital, el cual, como ya hemos dicho, entra en el orden de los estimulantes sexuales.

En el aspecto estético, esto es, la línea, la transformación resulta de la mayor abundancia de grasa en la masa del tejido celular subcutáneo que cubre todo su cuerpo de una manera uniforme.

Entre los catorce y quince años, que es la época de la pubertad, la vagina de la nubil adquiere su forma y características definitivas, Los órganos genitales externos, en cambio, no han adquirido aún su estructura normal, presentándose muy acusados a consecuencia de su posición elevada y hacia la sínfisis pubiana, de forma que, aun estando la muchacha con las piernas fuertemente apretadas, se la ven dichos órganos, con más razón puesto que la vegetación pilosa tampoco está completamente desarrollada.

Ahora bien, al poco tiempo de iniciarse la pubertad con la aparición de los signos característicos, se modifica la posición de la vulva, y los grandes labios, que antes estaban separados, se unen y de esta forma se cierra la abertura vulvar. En la infancia, los pequeños labios o ninfas suelen sobresalir casi siempre, siendo más visibles que los grandes.

El clítoris sufre también un aumento de volumen, aunque poco perceptible, y sus terminales nerviosos quedan limitados por unos corpúsculos, los cuales, al ser rozados, dan lugar a los fenómenos de la tumescencia ya estudiados. El orificio himenal también se dilata, pues, normalmente, en una niña de diez años, apenas si permite el paso del dedo meñique, mientras que en la misma, al llegar a la pubertad, ya permite la penetración del dedo medio.

De los órganos internos, el que más desarrollo adquiere es el útero, apareciendo entonces próximo a la vagina el hocico de tenca y el cuello, o sea la porción vaginal. El desarrollo de los ovarios va operándose durante la infancia, aunque de una forma lenta, pero al llegar la edad puber, pronto alcanzan las dimensiones definitivas.

Los pechos adquieren entonces una nueva estructura, iniciándose la evolución hacia la forma y el volumen normales. El pezón y la aréola son de un tono rosa vivo, casi rojo. La sensibilidad de estos centros erógenos se manifiesta, por regla general, mucho tiempo antes de la pubertad, aunque más bien que producir excitaciones voluptuosas, los roces se traducen en fenómenos de índole nerviosa, por lo que no suelen resultar agradables a la nubil. La forma definitiva no se adquiere hasta después de un año de la aparición de la primera regla, aunque hay niñas de trece y hasta de doce años, que sin haber llegado a la pubertad, pueden presentar muy desarrollados los caracteres sexuales secundarios, tales como los pechos, las caderas y la región glútea, no apreciándose aún más que una leve sombra pilosa en el pubis, pudiendo incluso faltar este detalle tan importante en cuanto a lo que se refiere a los signos de la madurez sexual. (Lámina V.)

Según las definiciones del doctor Voisin, las modificaciones intelectuales de la pubertad, pueden resumirse así: la joven deviene temerosa, avergonzada, reservada, casi antipática, o bien alegre, autoritaria, coqueta y deseosa a todas horas de juegos y diversiones. Ahora bien, es preciso tener muy en cuenta el estado de salud de la puber, independiente de los trastornos que tan notable cambio suele traer consigo. En el primer caso, casi siempre hay que suponer que ese estado general prepuber no era normal, y entonces se comprende que ese malestar resulte complicado por las influencias del nuevo estado. Mas cuando la salud es buena, no ocurre así. Una vida nueva parece que surge ante la sincera alegría de la muchacha, alegría radiante y contagiosa que hace a todos desear su agradable compañía.

La mujer se da cuenta de todo el valor de su sexo, de toda su importancia social. Se sabe deseada, y quiere parecerlo más, para lo que recurre a las artes "naturales" de la coquetería, esforzándose por llamar la atención de todos, por mostrarse siempre atractiva, sentimental, sencilla, y, a pesar de todo, cándida e inocente, si relacionamos este estado con la sexualidad específica. No es justo confundir todos esos signos con aquellos que evidencian un anhelo de satisfacción erótica, poco frecuente en las jóvenes que acaban de traspasar los umbrales de la nubilidad. Sus afanes son sólo imaginativos, traducidos en sueños fantásticos, en ansias de aventuras, de aspiraciones confusas, en las que preside un concepto simplista del amor, del que se excluye en absoluto el motivo de la materialidad de la sexualidad normal...

Pero es una época, a la vez, peligrosa. En muchos casos, estas modificaciones pueden afectar profundamente el sistema nervioso, traduciéndose en estados anormales que incluso llegan a la locura. Lo mismo pueden ser afectados el corazón, los riñones, e lestómago, la piel, y, en resumen, el organismo todo. Muchos padres se extrañan de que sus hijas se tornen tristes, enfermizas, inapetentes, desganadas

para todo, faltas de esa actividad de que antes dieron pruebas... Y ésta es la ocasión de llegar a tiempo, recabando el consejo del médico, quien, a buen seguro, prescribirá el tratamiento adecuado, psíquico y físico, que acabará con los síntomas de esos graves trastornos capaces de destruir para siempre la salud de la muchacha.

Uno de los trastornos más dignos de tenerse en cuenta, es el que se refiere a la desviación del impulso sexual, esto es, la masturbación. Aunque ya trataremos extensamente de este aspecto en el volumn dedicado al estudio de los placeres autoeróticos, hemos de anticipar que, aparte de esos daños, suelen presentarse otros males de índole distinta, aunque especialmente de carácter nervioso, que ya analizaremos oportunamente.

En los muchachos se operan asimismo otros cambios notables, aunque no tan amplios como en la mujer. En primer lugar, el pubis y el escroto se revisten de las mismas pilosidades y los órganos genitales aumentan de tamaño. El licor espermático, que hasta entonces habrá sido estéril, resulta ya fecundo por la presencia de los espermatozoides. Las piernas, muslos, brazos y el pecho se revisten de un vello que poco a poco va convirtiéndose en pelo fuerte. La voz, antes infantil, se torna más grave, adquiriendo tonalidades de bajo. El crecimiento en los dos sexos se acentúa, aunque más rápidamente en los varones.

El hasta hace poco tiempo niño, empieza a preocuparse de sí mismo y poco a poco va experimentando deseos sexuales que antes no llegó a explicarse completamente, pero que ahora le hacen acercarse a la mujer con tanto temor como respeto, o bien pueden causarle cierta repugnancia moral, puesto que su inclinación y su ardor es más del alma que de los sentidos.

No obstante, el impulso sexual en el niño y en la niña, aparece mucho antes de que la pubertad llegue, pero esto no quiere decir que sus formas de expresión deban estimarse correctas o naturales, ya que, por lo general, ese impulso se manifiesta por medio de las "descargas" solitarias, esto es, la masturbación, y mejor aun por las emisiones nocturnas.

Realmente, y aunque para muchos lectores de estos TEMAS parezca extraño, el impulso sexual puede manifestarse poco después del nacimiento, en los niños de pecho. Esta modalidad precoz del autoerotismo ha sido perfectamente observada por los más insignes tratadistas, como Freud y nuestro Marañón. Lo que ocurre con la entrada de la pubertad, es que los instintos sexuales toman nuevos impulsos en vir-

tud, principalmente, del desarrollo de los órganos genitales, y, por otra parte, a consecuencia de la acumulación de los productos glandulares que son evacuados por la detumescencia.

Pues bien: someramentee analizados los fenómenos que se operan en el organismo de los dos sexos tan pronto es llegada la hora de la pubertad, esto es, de la aptitud para la práctica de la sexualidad, aun nos corresponde analizar la actitud de los jóvenes frente a este sublime misterio del amor.

Puede decirse que la época normal de las relaciones presexuales termina en el hombre a los veintitrés años y hacia la misma edad, o un poco antes, en la mujer. Hasta entonces, por regla general, el amor sólo es de la imaginación, del espíritu, "del alma", como dicen los felices enamorados que se abrasan en las llamas de estas dulces inquietudes. Después, la plena consciencia de la sexualidad bien orientada, toma otros derroteros distintos, más reales, más lógicos, más normales y más biológicos también. Entonces es cuando los sexos son aptos, por lo menos, para reproducirse, aunque las condiciones especiales de la vida—sociales, morales, económicas—, no autoricen del todo la unión carnal con el fin primordialísimo de la procreación.

No obstante, estos preliminares hemos de considerarlos, aparte de erróneos conceptos de la sexualidad, como absolutamente imprescindibles en el orden de la selección. Bien es verdad que no son muy numerosos los matrimonios resultantes de un noviazgo único iniciado en la edad juvenil, pero hay que reconocer que las uniones que se efectúan de esta forma, son las más duraderas y felices.

En los primeros pasos que da el muchacho por este camino erizado de espinas, el elemento específicamente sexual queda automáticamente descartado. Como ya hemos dicho en otra ocasión, casi todos estos enamorados constituyen el tipo amoroso de los imaginativos.

Pero hay que tener en cuenta un detalle importantísimo, fruto de muy concienzudas observaciones: que a la hora de la pubertad, la intelectualidad, la imaginación de la joven ha rebasado los límites que definen el concepto que del amor tiene su pretendiente, el cual sigue aferrado a sus teorías simplistas y primitivas del amor romántico, del amor idealista. Ella, no obstante, tiene del amor un criterio espiritual, pero en virtud de varias circunstancias, como el peso de las prohibiciones, los misterios sexuales que con tanto tesón se la ocultan, etcétera, deja que su instinto y su imaginación vuelen en demanda de algo misterioso, pero que la llena, a veces, de muy dulces inquietudes, y que no encuentra en las expresiones de su galanteador. En resumen,

que la mujer suele ser menos idealista que el hombre, y casi siempre, "sin quererlo", "desea" otra cosa...

Ella, perspicaz e inteligente, más recatada, pero más "instintiva" que su galanteador, sufre el primer deseengaño al comprobar que el cuitado no parece muy ducho en las artes de seducción que ella anhela servir de objeto, y de las que la principal caracteristica es una audacia discreta y galante, pero audacia al fin. El joven es un "romántico". Y la mujer actual, generalmente, considera el romanticismo como algo anacrónico, al menos en su significación tan hermética. Puede ser que, exteriormente, no la desagrade un galanteo practicado en esos términos; pero en su fuero interno, en el *yo* subconsciente, pero más sincero, anhela algo más necesariamente complementario, que equivalga a un remedo de las emociones e inquietudes que le proporcionan muchas noches de insomnio en el recogimiento dulce de su lecho virginal... Para que una muchacha—o mujer—pudiese comprender e interpretar exactamente ese idealismo con el mismo fervor que lo concibe el hombre, tendría que ser... hombre. He aquí un elemento importantísimo para justificar, a veces, la homosexualidad.

El joven debe tener siempre muy presente que las mujeres responden a los estímulos psíquicos o físicos más rápidamente que los hombres. Esta agilidad de percepción justifica también la rapidez de la réplica, y por ello el joven enamorado, que a lo mejor ha necesitado horas para construir una frase y hasta para prever los efectos que en la galanteada habría de producir, se "corta" inmediatamente y ya no encuentra palabras adecuadas para la contra-réplica eficaz y demostrativa de su ingenio.

La muchacha advierte bien pronto esta inferioridad de su pretendiente y su falta de imaginación. Ese ingenio femenino, producto de su natural perspicacia, ha alejado de muchas mujeres las probabilidades de un matrimonio. El joven, víctima de la timidez, no ha vuelto a insistir, aunque ella haya estado sinceramente dispuesta a acceder sin necesidad de otras insistencias que las naturales en su instintiva actitud de pasividad.

En cambio, un hombre "corrido" siempre tiene para una mujer, aunque sea una prostituta, un prestigio bien notable. He hablado de este aspecto con mujeres honestísimas de todas las edades, y todas, sin excepción, han mostrado su conformidad en ese punto. De aquí se infiere, pero de una manera innegable, que el instinto sexual en la mujer, incluso en las no iniciadas, está igualmente preparado para el dominio de tales influencias que las que ya conocen perfectamente todos los placeres sexuales.

Ahora bien: ¿puede decirse que sólo el instinto sexual, como tal instinto, sea el único móvil de tan destacadas predisposiciones? Esto es muy aleatorio. Esos libertinos inspiran a la mujer más curiosidad que deseo específicamente sexual, aunque es bien cierto que en esa curiosidad, en ese anhelo nada morboso, palpita una emoción de naturaleza sexual que puede conducir a la curiosa hasta el amor por aquel hombre. Pero, por lo general, la narración de sus aventuras, de sus conquistas amorosas y hasta el relato más gráfico que pueda hacerse de los instantes íntimos, lejos de significar un motivo de fuerte atracción, se convierte en todo lo contrario, porque la mujer, instintivamente, no puede sustraerse a la idea de que acaso aquel hombre, siendo su novio o su amante, fuese a hacer con ella lo que con "las otras".

El adolescente, como es lógico, no puede aportar en el galanteo la experiencia de los donjuanes, puesto que en ese caso dispondría de los necesarios elementos de lucha para vencer casi siempre.

En esta primera edad, el factor estético tiene mayor importancia para la jovencita que las demás cualidades superiores, y al adolescente, mejor orientado en este punto, le sucede igual. Ocurre con frecuencia que cualquier individuo, muchacho o muchacha, conciben las más vehementes pasiones por personas de edad, posición y moral desproporcionadas. Cuando este sentimiento se despierta en una joven, su amor es siempre admirativo y platónico. Tal estado se caracteriza en manifestaciones muy variables, pero, en el fondo, la joven será consciente de la imposibilidad de la materialización de sus afanes, partiendo de la base de una buena educación. En otras en las cuales los frenos de la moral no asumen esos caracteres restrictivos, la "enfermedad" la lleva al extremo de declarar su pasión al elegido, que rara vez rechaza lo que con tanto ardor se le brinda. Muchos artistas pudieran probar hechos de esta naturaleza, en los que siempre resultaron víctimas sus caprichosas admiradoras.

Hay jovenzuelos que despiertan al amor por el mismo procedimiento. En este caso de la iniciativa masculina, el hombre adopta una actitud igualmente platónica, pero rara vez llega a la declaración amorosa, más que nada, por cierto temor al ridículo, al fracaso, a ser rechazado. En todo caso, la admiración se traducirá en el envío de obsequios y cartas anónimas. La mujer, en cambio, rara vez se detiene ante la amenaza del ridículo, porque "institivamente" está convencida de

cen las mujeres para atraer a los hombres y someterlos a su voluntad y del cual el *flirt*, que ya hemos estudiado en otro volumen, no es más que una ligera variación, una coquetería que se caracteriza por los recursos puramente sensuales en los que no existen muy destacadas determinantes sentimentales.

La coqueta "espiritual", según Steinmetz, "escucha las más insustanciales lisonjas del hombre más insignificante y se esfuerza en excitar los deseos del más despreciable, aunque todo el día esté rodeada de apasionados admiradores". En efecto, conocido el temperamento del hombre, fácil es demostrar a una mujer la influencia de los incentivos voluptuosos que posee para hacer de un hombre lo que quiera.

El joven enamorado no se explica esta conducta "natural e instintiva" de la mujer, y sus sufrimientos alcanzan a veces proporciones desmesuradas. No obstante, esto hace que cada vez la ame más. Y éste es el fin exclusivo que ella persigue.

El adolescente que cae en las redes de una coqueta, está perdido. Entonces, si quiere resolver prontamente esa situación artificiosa y dsagradable, ha de recurrir a todas las fuerzas de su voluntad, en el sentido de "levantar el campo", y no volver sino al cabo de algún tiempo. Entonces, no debe insistir, sino tener calma hasta que ella aluda a la cuestión, lo que no se hará esperar muchos minutos. Dejadla entrar en vuestro vedado, y manteneros firmes en él. Fingid que no os interesa; que si alguna vez os dirigisteis a ella, fué por haber acariciado mucho tiempo una ilusión que las circunstancias se encargaron de aclarar. En resumen, demostrar siempre que "aquello" pasó... Pero galantes, correctos, sin que la táctica pueda ser adivinada.

Obrando así, si ella conoce los cánones del arte de hacerse amar, verá en vuestra actitud que no existe hipocresía, que todo es sinceridad, que está expuesta a perder la partida, dicho en una palabra. Veréis cuán pronto cede terreno, paso a paso, poco a poco. Sed discretos y no la dejéis recuperar ni un milímetro de lo que ya ha perdido, que ahora pasará a ser terreno vuestro. Y ya no hay más que abonarle y sembrar en él las semillas vivificantes del amor verdadero.

La mujer tiene en la coquetería la más eficaz de sus armas de conquista. Pero su eficacia sólo se manifiesta con los principiantes, con los adolescentes que ignoran estos recursos y no saben cómo contrarrestarlos. En el hombre experimentado, los efectos suelen ser diametralmente opuestos, y bien pronto se abandona un campo en el que las emociones de la lucha carecen de toda originalidad, ya que, a pesar de

todo, la coquetería resulta ahora un procedimiento burdo y grosero que sólo puede ser sustituído por las audaces y peligrosas modalidades del flirt.

También esta actitud de la mujer es un producto refinado de la civilización, que coopera notablemente al desarrollo de estos impulsos por medio de las múltiples excitaciones en que es rica la vida moderna. Si Longo levantase la cabeza, no encontraría personajes en quienes inspirar su encantadora pastoral de *Dafnis y Cloe*, porque hoy las cosas suceden de otra manera, y ni en los más apartados rincones de las más alejadas aldeas, existen tipos de la estructura ética de sus idílicos personajes.

Tiene razón Vachet cuando afirma, que los poetas y los novelistas, ya que no los médicos, son quienes han descrito abundantemente ese desorden psicológico y moral que invade a un adolescente a los primeros efluvios de una primavera e interrumpe de súbito sus juegos pueriles. Verdaderamente, raros son los que no saben hacia dónde tiende esta explosión de deseos y timideces; pero puede ocurrir que los jóvenes se asombren de experimentar por vez primera la inquietud de su sexo que ya reclama la satisfacción de unos fueros imperdonables, que es lo mismo que ocurrió a Dafnis y Cloe cuando un día, teniendo quince años, y después de llevar varios apacentando juntos sus ganados, él se bañaba en un manantial.

Y Longo, dice: "Sus cabellos eran negros como el ébano y caían sobre su cuello tostado por el sol; hubiérase dicho que era su sombra la que le oscurecía la tez. Cloe le contemplaba, y al contemplarle pensó que Dafnis era hermoso, y como hasta entonces nunca le había encontrado hermoso, se imaginó que el baño le prestaba esta belleza. Le lavó la espalda y los hombros, y al lavarle, su piel le pareció tan fina, tan suave, que más de una vez, sin que él se diera cuenta, se tocó a sí misma, dudando para sus adentros de quién de los dos tenía el cuerpo más delicado. Como se hacía tarde, pues el sol se hallaba ya muy bajo, volvieron su ganado al aprisco, y a partir de entonces, Cloe no pensó en otra cosa que en volver a ver a Dafnis bañarse... Pronto no tuvo otro cuidado ni otro recuerdo que el de Dafnis, y de nada hablaba sino de él. Qué era lo que experimentaba, nunca hubiera podido decirlo ella, simple chiquilla criada en los campos, que no había oído en toda su vida ni siquiera la palabra amor. Tenía el alma oprimida. Con gran frecuencia y a pesar suyo, los ojos se le llenaban de lágrimas. Pasaba los días sin tomar ningún alimento y las noches sin poder conciliar el sueño; reía y luego lloraba; se dormía y no

tardaba en despertarse sobresaltada; palidecía y en el mismo instante el rostro se le coloreaba de fuego. La ternera picada por el tábano no se muestra tan locamente agitada. De vez en cuando caia en una especie de ensueño y a solas discurría así: "En este momento me encuentro enferma e ignoro cuál es mi mal. Sufro, y no tengo herida alguna. Me aflijo, y no he perdido ninguna de mis ovejas. Me abraso, y estoy sentada a una sombra tan densa. ¡Cuántas veces me han arañado los espinos y no he llorado! ¡Cuántas abejas me han picado con su aguijón y no he tardado en curar! Preciso es decir, pues, que lo que ahora me ataca al corazón es más punzante que todo eso."

He ahí, ni más ni menos, todo el cuadro "sintomatológico" del amor, del sexo que despierta, de la Naturaleza que llama reclamando lo que es suyo. Pero este caso, quizás único, si hemos de creer que ha existido, no se produce ya. Esa tensión erótica que los dos adolescentes no supieron interpretar hasta que Lycenia inició a Dafnis suficientemente, en los jóvenes de hoy—y de siempre—se alivia por otros procedimientos más crudos y groseros y de peores resultados también.

Los Dafnis de nuestra época no resistirían mucho tiempo la fascinación del desnudo de la muchacha amada; yo creo que el romanticismo excesivo que a algunos atormenta, desaparecería como por encanto en el instante en que a ambos se les encomendase una piara de ovejas, sin necesidad de llevarles a la encantadora isla de Lesbos, tan famosa en otros tiempos según nos dice la célebre poetisa Safo.

Con mucha frecuencia puede observarse que los amores de los adolescentes, si no toman otros rumbos más descabellados, hacen objeto de sus preferencias a mujeres maduras, que pudieran ser sus madres. Dice Vachet que admite de buen grado con los psicoanalistas, que en esta preferencia se encuentra el amor que desde su infancia ha sentido el muchacho por su madre y que se siente atraido por las ternuras complacientes y protectoras que sólo saben prodigar las mujeres que se alejan de su estación primaveral. Pero yo no estoy de acuerdo con la teoría de esta clase de amor *psico-incestuoso,* por denominarle de alguna manera. El adolescente que prefiere a las mujeres de edad, lo hace por la misma razón que las jóvenes precoces prefieren a los donjuanes de profesión: por una exaltación de su ansiedad sexual, de su afán de emociones violentas. Muchos muchachos que no han conocido a su madre, sienten esa predilección desproporcionada a su edad y a su concepto del sexo, o, más significativamente aún, a su romanticismo.

Pero no todo es romanticismo, idealismo, espiritualidad o como queramos llamarlo, en los muchachos púberes. Junto a todo lo que acabamos de describir, o sean todas esas fases en las que la timidez y la audacia sólo se encaminan a lograr la conquista o la atracción meramente espiritual, el joven o la muchacha sienten palpitar su carne al acicate de más intensas e inapelables emociones, que también constituyen los primeros pasos en el amplio camino de la vida sexual.

Lo mismo que en la práctica conyugal, o, mejor dicho, en la comunión de los sexos, el amor se desarrolla en la mujer con más lentitud que en el hombre, por las razones ya debatidas, así la evolución sexual específica en la pubertad se opera más lentamente en la joven que en el muchacho, ya que las necesidades femeninas son menos fáciles de despertar y mucho más reposado su desenvolvimiento, en primer lugar, porque la zona de excitabilidad genital apenas si pasa de la región clitoriana, donde, en todo caso, quedan localizadas las operaciones de masturbación.

Donde mejor pueden observarse las orientaciones sexuales de los jóvenes, es en los colegios de internos, en los que la promiscuidad mal vigilada puede dar lugar a que la población escolar sea víctima de los peores vicios, incluyendo la homosexualidad adquirida y otras perversiones del impulso sexual. Es digno de notar que estos fenómenos se presentan con más frecuencia en los colegios regentados por religiosos que aquellos que están regidos por seglares, donde las disciplinas, no por menos severas, son tan rigurosas y prohibitivas de ciertos aspectos, que si para un puritano pudieran parecer pecaminosos, modernamente gozan de un prestigio natural y merecido.

Al efecto, he de consignar aquí un detalle que no dejó de sorprenderme, si tenemos en cuenta las orientaciones que en materia pedagógica fueron inamovibles en España hasta hace menos de dos años. He tenido ocasión de visitar diversos internados de Europa y América, muy dignos de elogio en todos sus aspectos, pero, sinceramente, no suponía que en Madrid pudiese existir una organización superior a las que había visitado, tanto por su orientación como por sus métodos pedagógicos, y, sobre todo, por ese simpático sistema de coeducación, esto es, la instrucción común y promiscua para los dos sexos, sin más separación que la establecida por la edad de los internos. Me refiero a "Akademos", cuyo es el título del notable centro de enseñanza, cuya dirección concedió a un médico uno de los puestos principales, doctor especializado en Paidología, o sea la cien-

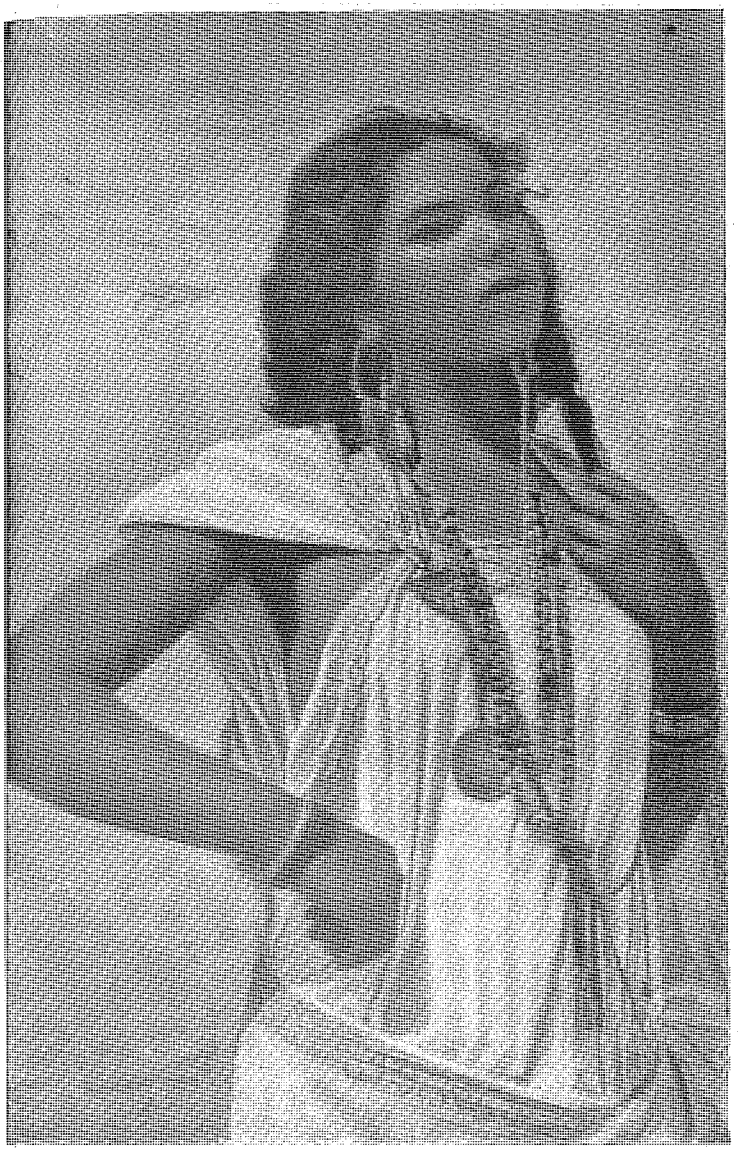
cia que se refiere al estudio científico de la vida y desarrollo de los niños, y, además, profesor de cultura física. Aunque al tratar del tema de la educación sexual habremos de referirnos a este centro de enseñanza, sólo he de manifestar, ya que tal fué uno de los principales motivos de complacencia obtenidos en mis visitas de estudio e investigación, que no pude advertir detalles de ninguna clase que me permitiesen ilustrar mis observaciones con casos obtenidos en dicho centro, por lo que, desde el punto de vista particular de la sexología, hube de convencerme una vez más de las incalculables ventajas que estos sistemas de educación encierran.

En los textos y atlas de Fisiología y Anatomía, no existen esas modificaciones arbitrarias que impone el concepto restringido que de la moral tienen los viejos censores, lo que no es obstáculo para que los escolares digan sus lecciones con esa simpática naturalidad que sólo se observa en las facultades de Medicina. El método está confeccionado de una manera tan inteligente, que resulta absolutamente imposible asociar a las explicaciones otras ideas que no sean las que se derivan de la noble y austera función del organismo humano, si bien obviando la alusión a los fenómenos de la tumescencia y la detumescencia, cuyo conocimiento, sinceramente, no sólo habría de estimarse innecesario, sino pernicioso también en algunos casos.

Todas estas enseñanzas—desde el párvulo al hombre o mujer que cursan estudios superiores—, están complementadas con el insustituible elemento del deporte reglamentado, esto es, controlado por el médico director de las diferentes secciones deportivas, en las que se lleva una clasificación escrupulosa como garantía de la eficiencia del sistema.

He citado el caso de "Akademos" porque, con sinceridad, creo que las perversiones sexuales de sus alumnos resultan "imposibles", no sólo por la vigilancia ejercida, que es lo menos importante, sino por el sistema de educación, ya que toda la población escolar más digna de atención en este aspecto está sometida a la constante investigación de los médicos, que procuran que el ejercicio, el deporte, los estímulos de las competencias deportivas de todo género constituyan en el impuber o el puber el sólido edificio del *corpore sano* sobre qué asentar la *mens sana,* que forma el célebre aforismo de los antiguos latinos, de modo que las enseñanzas de otro orden encuentren un campo fecundo y perfectamente abonado donde fructificar.

Volviendo al motivo de nuestro estudio, una joven manifestaba al doctor Pierre Vachet que en el pensionado donde ella permaneció



MUCHACHA «SWAHILI»

Estas mujeres, que no dejan de ser atrayentes para los europeos, son unas consumadas artistas de la seducción, ejecutando danzas y movimientos semejantes a los del coito para atraer a sus amantes.

LAMINA I



A. MUCHACHAS BIRMANAS
Estas jóvenes son educadas para seducir a los hombres.

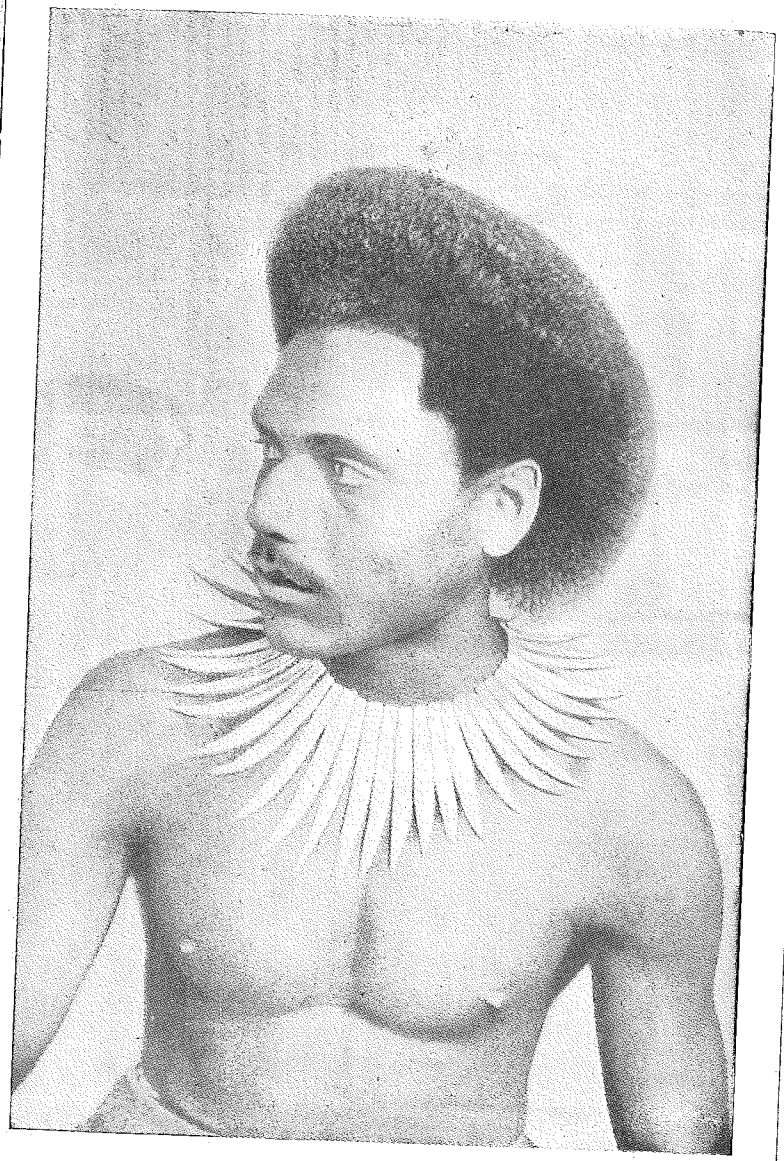


B. MUJER OULED-NAIL
Sus mayores encantos están en los adornos.



JEFE MAORI

La mayor belleza de estos hombres no está en las facciones del rostro, sino en los tatuajes profundos, que significan un motivo de irresistible atracción para las mujeres.



ISLEÑO DE TONGA

El valor y la audacia son entre estos indígenas las armas que esgrimen en el arte de hacerse amar. El collar que exhibe está formado por dientes de cachalotes muertos por él.

LAMINA IV

dos años, se hacían amistades entre las alumnas que se acercaban a la pasión amorosa. Se dirigían cartas inflamadas de amor, se hacían regalos, se abrazaban con un placer "en el que ciertamente intervenía la sexualidad". Y agrega: "A veces estas amigas buscaban el placer de acostarse en la misma cama, besándose, acariciándose y llegando a la masturbación mútua. Frecuentemente estas muchachas estaban enamoradas de colegiales de su edad y se confiaban unas a otras sus sentimientos; pero muchas de ellas afectaban despreciar el matrimonio y se jactaban de no buscar en el flirt con los muchachos sino una ocasión de desplegar su coquetería."

Agrega la citada corresponsal, que en aquel internado, aparte de las horas de estudio, no había otros recreos que los ejercicios religiosos, y que "ciertas perversiones, pudieran atribuirse a la pesadez del tiempo que habían de pasar en completa inactividad".

En cuanto al arte de hacerse amar, es indudable que las muchachas se dirigen al otro sexo con sentimientos en los que, normalmente, no entra para nada el deseo sexual. Gustan de verse cortejadas, en lo que encuentran un placer mezcla de vanidad y de afán de probar la eficiencia de sus artes de seducción y de poderío. Dice un escritor que las frases que acogen tienen siempre la forma de un homenaje dirigido a las cualidades más delicadas de su corazón y de su espíritu, y como su cuerpo es menos exigente que el de los muchachos, se inclinan todavía más que éstos al ensueño sentimental, al "amor-gusto" de Stendhal.

En el galanteo normal, esto es, cuando el muchacho busca en el amor espiritual el fundamento de la sexualidad, ya que su instinto le lleva por "buen camino", no cabe duda que el cuerpo de la muchacha "es menos exigente": pero si el móvil único de atracción es netamente espiritual, la joven exige algo más de lo que se le brinda, como hemos dicho anteriormente, y ese "algo" lo encuentra en el flirt que no deja de proporcionarle el placer prolongado o efímero que llevan consigo los contactos excitantes, como sucede con el baile, que, al decir de Vachet, "no son precisamente razones de índole moral o sentimental las que determinan la pasión que sienten algunas muchachas por esta clase de distracciones que han llegado a convertirse en francas aberturas de escape del impulso sexual". Afirma también, que incluso algunas de ellas "llevan muy lejos los juegos a que se entregan con su pareja, y los novelistas modernos apenas si han exagerado la figura de la semivirgen", de la que ya nos hemos ocupado al referirnos a las distintas modalidades del flirt.

Tales son las condiciones en que hombre y mujer se desenvuelven al enfrentarse con el problema sexual en los primeros años de su existencia púber, y esto, dicho sea en justicia, con relación a Europa de donde pudiéramos excluir a algunos países, cuyas orientaciones en esta materia difieren bastante de las primitivas costumbres que abarcaron por igual a todo el continente. No obstante, en los diversos títulos de esta biblioteca de divulgación sexual, seguiremos aludiendo a los aspectos que la cuestión adopta en los distintos pueblos del globo, pese a que nuestro objetivo quede localizado, principalmente, al estudio del problema en los medios que por todos conceptos nos son más conocidos.

HOMBRE Y MUJER FRENTE A FRENTE

Orientación sexual.—Pasividad activa.—¿Cómo debe tratarse a la mujer?—El triunfo de un "pasivo".—Gestos y palabras.—Táctica masculina.—Las licencias del lenguaje.—Amistad platónica.—Platonismo conyugal.—Las que ceden y las que se resisten.—La actitud de los padres.—"Caza" del novio.—El miedo al amor.—Las tímidas.—El signo de los tiempos.—Inconvenientes del lujo.—Diferencias entre ayer y hoy.—Límites de la audacia.

Pasados los primeros años de la edad púber, la conciencia del sexo llega a definirse más exactamente, con trazos más firmes, lo mismo en un sexo que en otro. Por lo general, el hombre, al llegar a los veintidós o veintitrés años, ya posee la necesaria experiencia en materia sexual, experiencia obtenida casi siempre con prostitutas y mujeres fáciles, de paso que en el terreno espiritual adquiere cierto entrenamiento en sus relaciones con las mujeres honestas de su clase social.

En este aspecto, entra en gran parte el factor temperamento, ya analizado oportunamente, por lo que no estimamos necesario insistir con el fin de exponer los casos con la máxima claridad.

En primer lugar, partiendo de la base de que la mujer tiende siempre a velar sus emociones, o por mejor decir, a ocultarlas, puesto que ello equivale a una necesaria táctica de autodefensa, el hombre que se dispone a galantear a una muchacha, necesita, sobre todo, de cierta facilidad de expresión, de don de gentes, de fluidez de palabra, de simpatía personal, en suma, todo lo cual se basa en una buena salud y en una perfecta orientación sexual además. Pero esa sinceridad que el muchacho suele poner en sus empresas amorosas, esa entrega leal que hace de su corazón, constituye, con ciertas mujeres, un rico material con el que casi siempre fabrica las armas que después emplea, si no para mejor atacar, al menos para defenderse. La

mujer, por instinto, aun en un hombre infinitamente menos culto que ella, de la más insignificante intelectualidad, siempre reconoce una superioridad evidente: la superioridad física. Pero la más zafia, la más ignorante, la menos instruída, viéndose frente a un hombre todo intelecto, todo perfección, reconocerá, sí, que en casi todos los aspectos es superior a ella, pero en este del amor, de hacerse codiciar, estará convencida de que si quiere, le vencerá siempre.

No es posible extendernos en amplias consideraciones acerca de la psicología de la mujer, que aunque siempre difícil y de expresión complicada, para un hombre que se lo proponga dejará de ofrecer esas profundas lagunas de misterio que, según algunos, existen en su alma. En cuestión de amor, y especialmente, de amor sexual, una mujer que no esté tarada por la neurosis, por la enfermedad o por el desequilibrio, no tarda mucho en sincerarse ni en entregar cuanto posee, cuando la táctica del galanteador es lo inteligente y sugestiva que debe ser para preocuparla y ejercer esa atracción biológica innegable. Ya hemos dicho en otra ocasión, que esa pasividad de la mujer es sólo aparente, como la del imán, que en su inmovilidad absoluta está atrayendo al hierro que se encuentra dentro de su radio magnético. Además, todas las mujeres, absolutamente todas—hablamos de las sanas—, gustan de ser galanteadas, de ser solicitadas, de que se las ame, de que las admire y de que se las desee. La más casta, la más púdica y la más gazmoña, manifestará a través de su pudor, casi siempre auténtico, un deseo subconsciente de ser amada "con todas sus consecuencias": ello ha ocurrido desde que el mundo es mundo.

Y aun pudiéramos decir más: existe un adagio que dice: "Trata a la mujer decente como si no lo fuera, y a la que no lo es, como si lo fuera". Claro es, que esto no puede admitirse en toda su amplitud, si no nos detenemos a analizar el sin fin de circunstancias que pueden concurrir en los diferentes tipos de mujeres, y aun en una misma mujer según sus estados particulares de ánimo. Es cierto que la mujer que no es decente, y cuanto menos decente más sujeta a la segunda premisa del adagio, gusta de ser considerada y tratada en ese plano de atenciones correctas que ni por un momento dejen traslucir la más mínima alusión a su verdadera condición social, por muy conocida que sea de su galanteador. Al efecto, referiré una anécdota curiosa, que no deja de ser una demostración irrecusable de esa opinión popular.

Viajábamos en un trasatlántico varios amigos con dirección a América, cuando en un puerto de escala embarcó una célebre artista

francesa, tan famosa por su arte como por su vida licenciosa. Su presencia a bordo fué advertida bien pronto por todo el pasaje, especialmente por el masculino, que en seguida empezó a hacerla objeto de muy significadas atenciones, en demanda, pese a otras apariencias, de sus favores especiales. Sólo uno de los galanteadores, joven italiano de veinticinco años, aunque amigo de todos, solía permanecer alejado de las tertulias, aunque tal vez fuese el que más ardientemente la deseaba.

La artista, bien situada económicamente, rechazó determinadas proporciones de unos y otros, quienes quedaron convencidos de la inutilidad probada de sus asiduidades. Sólo el italiano, tan pronto como los amigos se empeñaron en conquistas más fáciles, empezó a cortejarla, pero siguiendo una táctica de galantería tan refinada, tan discreta y tan exenta en apariencia de ulteriores orientaciones, que ella no tardó en considerarle como a un verdadero amigo, desinteresado y leal. Solía él iniciar conversaciones triviales, y cuando surgía algún tema relativo al sexo, procuraba no salirse de los límites de la máxima corrección, y siempre que se llegaba al terreno teórico de ciertas intimidades, las aludía desde el punto de vista profesional, pero suplicando disculpa y comprensión, para, con eufemismos que no hubiesen herido la susceptibilidad o la gazmoñería de una colegiala, salvar la situación airosamente.

Una noche, hallándonos todos reunidos en el salón de música, un camarero trajo a nuestro amigo el ruego de la artista para que fuese a visitarla, quejándose de una fuerte neuralgia. Huelga decir la interpretación que nosotros dimos a la demanda de la señorita X... y las recomendaciones que tuvimos a bien hacer a nuestro afortunado compañero, quien inmediatamente se apresuró a ir al camarote.

Pero nuestra sorpresa fué enorme, cuando diez minutos más tarde tornaba a la tertulia trayendo en el semblante una expresión que denotaba a las claras que "nada había ocurrido". Por toda respuesta a nuestras preguntas y bromas, afirmó:

—Siéntate a la puerta de tu tienda, y verás pasar el cadáver de tu enemigo, que dice un proverbio musulmán.

En la frase resumió todo un tratado de psicología femenina. En efecto, con calma, con prudencia, tratándola con un respeto exagerado, cuando entró a visitarla, casi se le mostraba desnuda. Pero no era la ocasión propicia, y se limitó sólo a prescribir el tratamiento: la toma de una tableta antineurálgica, y nada más. Y cuando al cabo

de unos días estuvo convencido de que ya pisaba en terreno firme, sucedió lo inevitable...

La mujer gusta de los gestos audaces, pero abomina de las palabras incorrectas que en su sentido puedan llevar un solo y nimio detalle de indelicadeza. Al efecto, no cabe duda que el pudor se manifiesta mucho más en las palabras que en las acciones. "En todo el Universo—dijo Dufour—, hacer es bueno, decir es malo". Y otro tratadista igualmente célebre, Kleinpaul, dice que las mujeres púdicas tienen más horror a que se les diga cosas impúdicas, que a que se las hagan, creyendo, por lo tanto, que las hojas de parra se hicieron especialmente para la boca.

En este punto, creo que todas las mujeres son iguales, y a no ser por una ausencia completa de moral, no habrá una en cuyos oídos tengan eco, indiferente siquiera, determinadas licencias del lenguaje. En cambio cualquier audacia que con ella cometa un hombre, no será una desvergüenza, sino, simplemente, un "atrevimiento" incapaz de producir un enojo duradero.

Ovidio, estudiando el carácter de la mujer en su célebre *Ars amandi*, dice: "La que, acaso, crea no querer entregarse, lo querrá secretamente. El hombre sabe disfrazarse más, y la mujer disimula más sus deseos. Si los hombres se entendieran para no dar los primeros avances, pronto verían a sus plantas a las mujeres, suplicantes y vencidas".

Jaff, que también estudió a fondo la psicología femenina, se muestra partidario de todas esas audacias apetecidas por la mujer que está próxima a rendirse. Asegura que ciertas mujeres, aun con el aspecto más irreprochable que no deje la posibilidad de adivinar el fondo que palpita en ellas, poseen el don de provocar inesperadas voluptuosidades, de parecer prometerlo todo, con un gesto, una actitud, una mirada. Así, el hombre de ingenio en posesión de lo que llamamos "don de gentes", en una conversación galante, sin excitar el pudor más exagerado y sensible, tiene recursos más que suficientes para abordar los temas más escabrosos, pero también más sugestivos para la imaginación de la muchacha, anhelosa de conocer, de esta forma inocente, muchos secretos que la moral social se ha obstinado en velarla. No hace falta otra cosa, y esto con relación a todas las mujeres, que aprovecharse de su ignorancia y de su afán de saber. Esta curiosidad ha sido para muchos hombres la clase esencial de sus éxitos amatorios. Dice Jaff, que "en todos los grados de la

escala social, la mujer gusta de ese atentado verbal, de esa violación psíquica".

La táctica que el hombre ponga en juego, ha de basarse, esencialmente, en la naturalidad de dicción, en la expresión clara y respetuosa, que no impide poder decir las realidades más descarnadas. Ha de empezar por conquistar la confianza de ella, inquiriendo a cada frase el parecer de la galanteada, y, sobre todo, no dar un paso en la charla que ella no desee, que ella no quiera. Es bien fácil aparentar al narrador que su conversación carece de interés, diciendo que teme molestar a su oyente, que es mejor hablar de otra cosa más sugestiva. La joven, entonces, rehusará la proposición, y si se tiene la habilidad de interrumpir la charla en el instante en que ella demuestre el máximo interés, no habrá necesidad de esperar más tiempo para conseguir lo que se pretende. Una galantería, un elogio bárbaro a su belleza, tendrá ahora un prestigio máximo e insustituible.

Más si por el hecho de que la mujer escuche esas libertades e incluso se las permita, se ha de creer que ya es terreno conquistado, ello no deja de ser un error. Es preciso haber llegado a cierta intimidad, no solo en las palabras, sino también en las acciones, por medio de roces discretos, de atrevimientos que bien pudieran obedecer a una causa fortuita, etc.

Para contar con las mayores probabilidades de éxito, no hay nada mejor que iniciar esa amistad platónica de que hablábamos antes. Tal es, a mi juicio, la conquista más importante de las inclinaciones sexuales, cuya consecución resulta como final obligado del galanteo y del noviazgo. Pero ese platonismo, no deja de ser muy relativo. Ellis dice que es perfectamente factible y posible una amistad entre un hombre y una mujer, y que esta puede sostenerse toda la vida fuera del terreno sexual. Ahora bien, esto sólo ocurre en condiciones especiales, y esas condiciones, por lo general, excluyen toda amistad íntima y profunda.

El amor puede ser definido como una síntesis de la lujuria y de la amistad: por lo tanto, la amistad entra de lleno en la esfera erótica. Dice Ellis que así como la emoción sexual tiende a fundirse y convertirse en amistad, así la amistad entre personas de un sexo opuesto, jóvenes, saludables y atractivas, tiende a convertirse, o por lo menos, a entrañar la emoción sexual. No hay duda que los dos sentimientos están demasiado unidos para que pueda separarlos para siempre y sin protesta una barrera artificiosa y falsa. El hombre que ofrece su amistad a una mujer suele encontrarse con que ésta no re-

cibe con gran entusiasmo su ofrecimiento, sino a modo de preliminar o introducción de otra emoción más íntima y tierna, y la mujer que ofrece su amistad a un hombre suele encontrarse con que él la corresponde ofreciéndole su amor.

Luego no cabe duda que la mujer que dice a su galanteador, fracasado en la primera declaración, que "pueden ser muy buenos amigos", no hace más que establecer un plazo que él deberá medir para obtener el éxito apetecido. La amistad es desde un principio, el preliminar del noviazgo o del flirt.

La siguiente carta escrita por una mujer, dice más que todas las opiniones de los tratadistas: "Al final, los sentidos se cansan de su completa exclusión. Y yo creo que el hombre sólo puede tener asociación íntima con las mujeres que, consciente o inconscientemente, le atraen físicamente. No le es posible entrar en comunión psíquica con una mujer con quien jamás pudiera, en imaginación, sostener la unión física también. Y, del mismo modo, la mujer no puede imaginarse en relación alguna íntima con un hombre mientras esta relación no implique la unión con el corazón, el cuerpo y la inteligencia de dicho hombre. (Hablo, por supuesto, refiriéndome a personas de nervios sanos y de sangre saludable). ¿Será posible que una mujer pueda sostener una relación platónica con un hombre, durante un año y otro, sin jamás pensar: ¿Por qué no me besa? ¿Careceré de encantos para él? Y en el rincón más remoto de su corazón, ¿no sucederá que hasta llegue a emplear la palabra "beso" en el sentido más amplio en que la usan a veces los franceses?" Tal declaración así hecha por una mujer, sería más concreta; si ello es posible, de hacerla un hombre.

Y es porque los límites que establecen la separación entre el amor sexual y la amistad, son indefinidos y muy difíciles de precisar. Esa relación íntima de carácter psíquico que se ve extrictamente privada de manifestaciones de ternura, tiende a hacerse artificiosa, y al fin, despierta en uno u otro, o en ambos a la vez, pensamientos y deseos que forzosamente han de resultar fatales para su amistad.

Por esto afirma un autor que las únicas amistades platónicas son aquellas que se forman después de haber pasado por los trances de una intimidad erótica preliminar, y asegura que, en estos casos, los amantes que no supieron entenderse, pueden, después de pasar por la etapa erótica, convertirse en excelentes amigos.

La amistad platónica de un hombre y una mujer, que normalmente conduce al amor, es en muchos casos el disfraz que encubre el

flirt sin otra trascendencia biológica. Naturalmente, es fácil que en tales términos puedan anudarse amistades que, independientes del elemento erótico causal de esa compenetración psíquica, puede hacer de los dos amigos los más entusiastas y fieles colaboradores en una obra común. Este caso puede registrarse en muchos artistas.

Aunque es raro que una mujer dé el primer paso en el camino de unas relaciones amorosas, la que espontáneamente ofrece esa amistad sincera, "como si fuésemos hermanos", es que se entrega. Pero siempre, por regla general, es el hombre quien ha de comenzar, empleando todos los recursos imaginables, que son muchos, sin perscindir de la convicción de que la mujer quiere siempre que se la suplique. Mas estas súplicas han de ser prudentes, porque demostrando una ansiedad y una vehemencia descompasadas, ella, sabiéndose codiciada, procura mantener la situación prolongándola cuanto quiere. Sabe que él ya se ha entregado, que es su presa y que no puede escapar tan fácilmente. La mujer estudia los procesos y evoluciones de la galantería con una serenidad a veces desconcertante: hay algo de sadismo en esta conducta, y goza con el dulce sufrimiento de su enamorado convencida, o creyéndolo sinceramente, que cuanto más tiempo tarde en dar el "sí", mayor será el placer que cause al que lo anhela.

Si durante el primer período de galanteo la muchacha ha llegado e enamorarse, esa crueldad, esa coquetería que pone en juego, no tiende jamás a alejar al hombre a quien ya desea ardientemente. Es que se sabe dominadora, dueña de la situación, convencida de que su triunfo es completo. Pero no porque tarde en ceder, puede decirse que ama menos, sino todo lo contrario: lo que sucede es, vulgarizando la expresión, que quiere "que la regalen los oídos", convencerse de que es sinceramente amada, y con la misma intensidad que ella pone en su pasión naciente.

Las mujeres que ceden más fácilmente, no puede decirse que estén más enamoradas. Pero es que esperan "llegar a enamorarse" y casi todos los hombres a quienes aceptan sin necesidad de un galanteo prolongado, son a modo de "conejos de Indias" que necesitan para la experiencia de sus coqueterías. Además, existe un hecho vulgar y conocidísimo: que tanto más se afirma un deseo, tanto más se codicia una cosa, cuantas más dificultades se presentan para conseguirla. Aquí entra en gran parte el factor amor propio. Tan eficaz resulta la táctica de la resistencia tenaz, que, como se observa en la sexualidad

específica, la hembra recurre a este método porque conoce de sobra sus vigorosos efectos de excitación.

Por otra parte, los padres de la galanteada, no es raro que tan pronto advierten las inquietudes de la niña, empiecen a poner obstáculos y trabas de todo género con pretextos diversos, aun tratándose de verdaderos "partidos", siendo también tanto más duros esos obstáculos cuanto mejor sea el "partido" que a su hija se presenta. En abono de esta conducta, existe un factor social notabilísimo: "el qué dirán". Prescindiendo del elemento excitación, los padres de la pretendida piensan que, si dejan a la niña responder por sí a sus naturales impulsos, puede creerse el muchacho que pretenden "cazarle", que quieren venderle a la hija. Con mucha frecuencia, esta feroz táctica paterna, oculta los verdaderos fines que se persiguen: casarla cuanto antes. Y aunque no es necesario explicar este proceso, no está de más hacerlo.

Todas son dificultades, disgustos, castigos y toda esa típica secuela de procedimientos de indudable eficacia. A veces los padres—y la madre sobre todo—, llegan a inquietarse por el aspecto de la muchacha, en la que los sufrimientos empiezan a marcar sus huellas. Pero es que la "colocación" de una mujer resulta tan difícil en los actuales tiempos, que ese egoísmo desenfrenado anula ciertas expresiones sentimentales... Y basta que la vean enferma, con el hondo padecimiento reflejado en su pobre ser, para recrudecer más la oposición. Entonces los enamorados, cansados de sufrir, combinan la fuga; y la realizan. Y entonces, "no hay más remedio" que casarlos... que es lo que se trataba de conseguir.

Otras veces, ocurre lo contrario: se niega a aceptar unas relaciones que sus mismos padres aconsejan a la muchacha, que ni es gazmoña ni inocente. Sabe que es un hecho incuestionable que la relación sexual normal a que tiende el galanteo masculino, como dice Vachet, aterra a la joven, ya que después de esas relaciones castas del noviazgo, viene, hablando sin eufemismos, la amenaza de un sufrimiento brutal y un período de aprendizaje desprovisto de placer, sin contar con el riesgo de la fecundación. Lo normal, en vista de las enseñanzas tomadas en esas referencias desproporcionadas a la realidad sexual, es que ella se defienda contra la "agresión" masculina, que se entregue, con su pudor o su coquetería, a una resistencia incesante, que considere el amor físico con una angustia desagradable y haga recaer su deseo en caricias inocentes y delicadezas de sentimiento.

Esta es una de las causas por las que las muchachas tienen ese miedo al amor, que puede llevarlas a la vida religiosa y hasta a organizar su vida sentimental en el refugio salvador de la homosexualidad, donde no existen esos terribles peligros que la estructura de la moral en uso las hizo concebir como una obsesión alucinante. Afirma un autor que estas inquietudes desorientadas no realizan el tipo de la mujer masculina que desempeña en tales funciones el papel dominador, sino que conservan una feminidad débil; pero como a nada temen tanto como a la pasión que ellas se imaginan brutal, de los hombres, buscan en el comercio de una persona de su sexo el asilo de un amor más delicado, la protección semi-maternal de una amiga.

No obstante, todos estos prejuicios íntimos que son capaces de restar al amor normal elementos muy valiosos, constituyen, a veces, la incógnita más densa de la psicología de ciertas mujeres. Además, puesto que su castidad adopta esas formas tan disparatadas, jamás revelan sus inquietudes ni al hombre que estimen como a su mejor amigo. Ahora bien, para aquel que se proponga galantear a una mujer "difícil" fundando esta dificultad en el hecho de haberla visto alejada de la compañía de los hombres, no habrá mayores inconvenientes para acercarse a ella que la falta de una persona que pueda presentarle. Abordarla espontáneamente, resultaría de efectos negativos, porque la primera impresión que la muchacha obtuviese habría de ser de antipatía.

Mas supongamos que la aproximación se ha conseguido. Entonces, la táctica a desarrollar consiste, simplemente, en explorarla sus inclinaciones, sus gustos y caprichos y complacerlos en la medida de lo prudente. Poco a poco, discretamente, sin demostrar para nada cuál es la verdadera realidad de los propósitos que se acarician, es preciso hacerla sentir la consciencia del sexo.

La vida diaria ofrece múltiples oportunidades de comentario en esa materia, y si no las ofrece, se crean. Se empieza por negar la existencia del amor, y, sobre todo, por encajar la sexualidad en el marco de lo más abyecto y grosero. Que la maternidad, aparte de sus dolores y molestias, es un abominable crimen contra la estética femenina, pero que, no obstante, ello puede evitarse perfectamente. Y al llegar a este punto, la curiosidad de ella, mujer al fin, ofrecerá al galanteador los primeros puntos vulnerables de toda la resistencia femenina: no hay otro procedimiento más eficaz que dirigir el ataque en dirección a esas zonas que ella deja desprotegidas, y el éxito, casi seguro, no se hará esperar mucho tiempo.

Pero, dicho sea con sinceridad, estos tipos de mujer no abundan demasiado en la civilización actual, y por ello apenas se encuentran.

Dice Abard que la nueva generación de muchachas es el mayor acontecimiento de nuestra época, y que sus faldas cortas, sus miembros ágiles y deportivos y su manera de ser, forman una etapa de la evolución de las costumbres mundiales. Son inteligentes, decididas y nada mojigatas. En contraste con las románticas de otros tiempos, aman el dinero, no a cambio de sus favores, sino por las comodidades que proporciona; pero, sobre todas las cosas, aman su libertad. La conocida escritora francesa Colette Iver, dice en una de sus novelas: "Las mujercitas de hoy son, sin duda, un poco desconcertantes. A la edad en que antaño hubiera sido un escándalo andar solas por la calle, las jóvenes actuales organizan en completa libertad el programa de la jornada: tennis, natación, baile, te... Su vida es tan autónoma como la de sus hermanos mayores. Antaño, la madre conducía a la hija a todas partes. Hoy la hija conduce su auto. ¡Un signo de los tiempos! Sin embargo, esta independencia tiene felices corolarios. Después de todo, nuestro candor de niñas inocentes, guardadas, preservadas, enclaustradas, era más fingido que real, y nuestra virtud no tenía ningún mérito, puesto que no era más que docilidad, pasividad, abstención. ¡Cuánto más firme es la virtud de las jóvenes modernas, fruto de una conciencia clara, sin ignorancias! Desde los diez y seis años se enfrentan con la vida. La conciencia se afirma al contacto con la realidad. Esto es menos bonito, pero más real.

"Estas muchachas tienen una firmeza desconocida para nosotras. Así, son capaces de edificar, a fuerza de trabajos, su porvenir tal como lo han soñado, y de no aterrarse ante el celibato posible, mientras que en nuestros días, la que no se casaba era una descentrada, una mujer que no tenía nada que hacer en la vida. ¿No es ésta una señal de elevación moral?"

No hay que olvidar que los anteriores párrafos los ha escrito una mujer, y francesa por añadidura. Todos esos signos de la muchacha moderna, revelan, en efecto, la evidencia de una elevación sobre el nivel moral a que nos tenía acostumbrados la tradición; pero es que en torno de esas evoluciones existe un ambiente artificioso que contribuye a exagerar las expresiones del impulso sexual, presentándonos a la mujer como un ser demasiado frívolo para ser tomado en serio. La mujer moderna no está "hecha" para adaptarse sincera y fácilmente a los imperativos económicos de la vida y muy difícilmente también a las normas naturales del hogar, con su secuela de los hijos, las inquietudes y problemas que la vida sexual ordenada y moral trae consigo.

Todas estas circunstancias las comprende y las analiza el hombre con más serenidad que la mujer, porque, al fin y al cabo, él es quien ha de llevar la dirección de la economía y el peso de las responsabilidades derivadas de la vida común.

Esta es la parte nociva de esa artificiosidad en que desenvuelve su existencia la muchacha de hoy. Muchos hombres, aun habiendo logrado una amistad sincera con la que después ha de ser objeto de sus pretensiones amorosas, se ve cohibido ante la expresión moderna de la joven, que viste con lujo, que gasta más de lo que debe y puede, que se siente atraída por distracciones y aspectos que han de resultar incompatibles con las posibilidades económicas del galanteador. Sólo en ciertas esferas sociales más elevadas, este aspecto deja de ser un obstáculo insuperable; pero en la clase media, cuyas mujeres tienden a igualarse en todo con las de mejor posición hasta el punto de no resultar fácil diferenciarlas, el caso toma los caracteres de un verdadero problema. Los hombres de posición desahogada, sólo raramente buscan sus compañeras en los planos sociales inferiores, y aquellos que pudieran equipararse en todo y hasta resultar superiores, "se asustan" y rehusan toda tentativa en ese sentido, aparte de que la muchacha, en cierta edad, especialmente en aquella en que sus atractivos son mayores, permanece insensible a las excitaciones externas, ya que vive una vida interior de imaginación desequilibrada, falsa y sugestiva a la vez, que sólo pudiera convertirse en real si llamase a las puertas de su corazón la palabra cálida del ideal soñado: un "príncipe rubio de ojos azules", que sólo existe en las películas, en las novelas y en su equivocado concepto de la vida.

A lo sumo se resuelven por los placeres equívocos del *flirt* con aquellos amigos que son más de su agrado, entregando todo menos la virginidad, que ella espera ofrendar al tipo ideal que se ha forjado.

Abard dice que la sensibilidad de la muchacha de nuestros tiempos es mucho más acentuada que la de hace un cuarto de siglo. En efecto, la mayor facilidad de expansión que en todos los órdenes se advierte en la vida moderna, permite aquilatar mejor todos los valores éticos y estéticos. El deporte, la libertad, lo promiscuidad en que los dos sexos luchan para la conquista de los elementos económicos necesarios a la existencia, ha borrado las lindes más destacadas de la antigua separación. Ya no es posible tratar a la mujer como a una compañera esclavizada: es necesario reconocer en ella una aliada en todos los aspectos de la vida, y, particularmente, en los del amor. Detesta los procedimientos de la violencia, siendo deber del hombre par-

ticipar en sus emociones, en sus gustos y en sus pensamientos; hasta convertirse en un camarada, y, si es posible, en algo parecido a una "amiga".

El hombre que inicie el galanteo con una muchacha moderna, no tiene más remedio, si quiere triunfar, que usar los procedimientos de la máxima prudencia. Ha de prescindir de la consciencia de su superioridad, y hacerla creer que la estima capaz de tanto o más que él pudiera hacer en todos los terrenos, pero, pese a todo, sin atacar para nada los aspectos múltiples de su feminidad.

La táctica es difícil, y no todos los hombres son capaces de poner en juego estos procedimientos, que son muchas veces incompatibles con el amor propio, y, lo que aún es peor, con la misma naturaleza. En este orden de cosas, el galanteador se ve obligado a esperar a que ella "pida"—nunca con palabras—, a que insinúe sus deseos, a que manifieste la disposición más favorable para admitir esas dulces audacias tan necesarias a los mejores fundamentos de la pasión que va a nacer.

Pero lo más difícil en este caso es establecer la medida prudente: al principio, sobre todo, él debe conceder algo menos de lo que se le "exige". ¿Que el sacrificio es grande? ¡No cabe duda! No hay que olvidar que el amante está manejando un arma de dos filos. Pero es necesario administrar con cierto rigor la concesión de estos derechos hasta lograr que su deseo se manifieste en términos más amplios. Y esto porque, aunque la afirmación parezca cínica, a una mujer, después de "atarla" por el alma, es preciso retenerla por la carne. A este respecto dice un psicólogo célebre que sólo así conseguirá el hombre ser el depositario de una voluptuosidad de la que no debe abusar para conservar su prestigio.

Un hombre que quiera obtener los favores de una mujer, primero en el terreno espiritual y después en el aspecto físico, empezará siempre por dominarse a sí mismo, por saber hasta dónde debe llegar y cuál es el límite justo de sus audacias para no pasar de ahí. Pero esto no quiere decir que sea nacesario renunciar a determinadas caricias, a ciertas libertades y gestos para no herir la timidez de la muchacha que por primera vez en su vida se encuentra con la materialización de aquello en que pensó tantas veces. (Y esto es lo importante: saber que ella "ha pensado" en lo que, felizmente, había de ocurrir.) No por respetar una ignorancia ingenua—escasísima en estos tiempos...—habrá que abstenerse de ciertas revelaciones que son como la llave que abre las puertas de una existencia nueva, por-

que, en tal caso, las vírgenes inocentes lo serían eternamente. Luego si una mujer, una joven puber ya "sabe" diferenciar lo bueno de lo... mejor, no hace más que esperar a que su iniciador llegue, con la obligación ineludible de no dejarla en medio de sus exaltaciones y delirios amorosos, y, sobre todo, no dar lugar a que ella disponga de un solo momento que aproveche para efectuar observaciones y deducciones, para "arrepentirse" de haber dado ciertos pasos, sobre los cuales, si no encuentra estímulos, puede serle muy fácil volver...

LOS METODOS DE LA CONQUISTA

Voluntad y condescendencia.--La batalla de los sexos.--Primitivas y modernas.—La insaciable. Amor y dolor.—La galantería es un combate.—Estímulos del amor propio.—Significación sexual de los juegos.—El galanteo entre los salvajes.—Coquetas y "castigadoras".--El "castigador" y sus triunfos.—Decadencia de estos tipos.—El fracaso de las sentimentales.—La vehemencia.—La mujer se defiende mejor que antes.

Un filósofo, Zaratustra, ha dicho: "El hombre es la voluntad, la mujer la condescendencia." Si partimos de la indiscutible verdad que estas palabras encierran, habrá que convenir en que en estas cuestiones del amor, la mejor parte está asignada al hombre. Ahora bien, esa *voluntad* que debe poner en sus empresas amatorias, a veces resulta debilitada, atenuada, por los aspectos en que la *condescendencia* femenina se manifiesta, desconcertantes a veces, difíciles de interpretar en otras, y las más, tan estudiados, tan herméticos, que cuando el hombre no sabe hacerse dueño de sí y enderezar su voluntad debidamente, sucumbe a su impericia, busca sustitutivos de diversa índole y abandona el campo por imposible.

Pero imposible en amor no hay nada o lo es todo: aquí no hay términos medios. No cabe duda que si aquel que se dispone a amar no sigue una táctica cautelosa, sistemática y paciente, está perdido, o, por lo menos, el triunfo llegará retrasado, cuando en ese tiempo transcurrido pudieron disfrutarse placeres y emociones que nunca serán bastantes para compensar las amarguras en que en lo sucesivo será abundante la vida.

Siempre se ha hablado—y se hablará por mucho tiempo—de la batalla que continuamente están riñendo los sexos, una especie de campaña que iniciaron Adán y Eva, y que sigue empeñada con los mayores bríos. Sin embargo, esta guerra continua, como dijo Wolf, ofrece la extraña y paradójica modalidad de ser una guerra "al re-

vés", esto es, que en la guerra de verdad la defensa se acomoda al ataque, y en la eterna batalla del amor, es el ataque el que se ajusta a la defensa. Si la defensa es sencilla y sus reductos son frágiles y fácilmente vulnerables, la conquista se hará muy fácil y bien pronto perderá su interés. El hombre debe tener en cuenta este punto, aludido en otro capítulo, para no desear esa facilidad a sus afanes, sino por el contrario, los mayores obstáculos, las más grandes dificultades, porque de todo ello nacerán las raíces robustas del amor.

Yo creo sinceramente, a pesar de todas las declamaciones de los escépticos, que hoy se ama más y mejor que antes. Y agradezcamos esto a la mujer, puesto que al estar más desarrollada espiritual y socialmente que lo estuvieron sus abuelas y ser más conscientes de su rol en la sexualidad que lo eran las mujeres de hace medio siglo, han ganado para el sexo nuevos encantos, nuevos medios de defensa, más originales y más sugestivos para ese afán de novedad y de variación que en todos los tiempos ha caracterizado al hombre.

Pero también el hombre se ha estilizado; ha afinado su línea piritual, desechando prejuicios y sentimentalismos que en otro tiempo florecieron con un esplendor inusitado y chocante, ya que, como en la época caballeresca, todo o casi todo era puro artificio, insinceridad pura: era una moda elegante que se practicaba en los salones de los vetustos castillos, mientras que los señores fornicaban con las muchachas del feudo y las nobles damas hacían otro tanto con todos sus siervos, porque siempre, absolutamente siempre, eso de ponerle trabas al instinto es tanto como querer ponerle puertas al campo...

Dice Löbel que la mujer primitiva no ve en el hombre sino el macho, y por esto se la puede conquistar fácilmente y... dejarla plantada con la misma facilidad. Y agrega: "La semiemancipada se atrinchera detrás de los obstáculos, y aunque parezca increíble, fué Uhland quien escribió la frase: "Mujeres que ponen muchas dificultades para rendirse al hombre, son las que preparan dificultades no menores para desasirse de sus brazos."

Este autor, que es uno de los más perspicaces humoristas de la fisiología del amor, lo contrario que Venette, que todo lo tomaba "en serio", dice que hay sólo una mujer, la consciente, que no puede conquistarse con seducciones; esta mujer se regala al hombre; pero sólo al que ama. Y todas esas muchachas "modernas" y "radicales" de las ciudades, se malogran porque se regalan muy a gusto y muy a menudo al placer, es decir, porque no son otra cosa que muy... primitivas.

Sostiene la afirmación de que cada una de estas categorías requiere un método especial de conquista, si bien cada conquistador pone en juego su método propio. Así como en la guerra el valiente procede de manera diferente que el cobarde, el decente lo hace de otra forma que el vulgar, y el tonto también se distingue del inteligente, así también se define la clase en la lucha amorosa, la modalidad de la conquista, por el carácter y la personalidad. En realidad, se debería estar capacitado para conocer en cada víctima del amor, al primer golpe de vista, la manera como se la conquistó. El asesino entrenado tiene un golpe especial y el detective experto reconoce en la herida rápidamente al criminal. La herida más sangrienta, la hace el desaforado; su táctica es la más brutal, la puramente mecánica.

Pero sucede, por lo común, que lo mismo la muchacha inocente que la mujer experta, rechazan este procedimiento. No obstante, el método hace bastantes víctimas, porque debido a la necesidad femenina de someterse al fuerte, suele confundirse la brutalidad con la fuerza. A este propósito dice Löbel, que entre los meridionales, y a pesar de que se cometen crímenes por celos, se tropieza rarísimas veces con ese tipo de conquistador mecánico.

A pesar de todo esos procedimientos de la fuerza, de la brutalidad o de la violencia no producen los mismos resultados en los diferentes casos. En este punto, la educación es lo de menos: lo más importante es el temperamento, es la capacidad o la expresión del instinto. Una mujer refinadísima, de máxima cultura, de educación insuperable, puede ser muy ardiente, de gran capacidad erótica, y en este caso, el hombre más correcto, un Casanova refinado, fracasaría estruendosamente. Los novelistas eróticos han descrito maravillosamente el tipo de la dama insaciable que en su veraneo se entrega a los gañanes de la era y a los pastores de las majadas, porque son fuertes, vigorosos y saludables y "huelen" a hombre, a macho, a sudores acres y vahos agrios. Estas mujeres, basadas en el principio de que su estancia en la aldea será corta, de que su elegido no está *pervertido* como los hombres de la ciudad, y, sobre todo, con la consciencia de que el buen manjar que ella representa para el apetito contenido del bruto es una garantía de silencio, gusta de excitarle, de darle confianzas, de hacerse perseguir como lo hiciera un sátiro tras de la ninfa, para luego ser poseída furiosa y ardorosamente, allí mismo, en el campo, bajo el dosel del sol o de la luna, como en los tiempos primitivos, en que los prejuicios sociales no eran capaces de restar lo más mínimo a la solemne y augusta función de los sexos.

Estas mujeres fuertemente instintivas, no piden amor ni tampoco lo dan: se entregan violentamente y su máximo placer estriba en sentirse violadas, golpeadas, brutalizadas... Todo en ellas es sexo y lascivia, y su sexualidad es tan amplia como el vigor que, en todos los aspectos de la virilidad, quieren hallar en sus machos, llenos de fuerza y de vitalidad sorprendentes. El dolor de esas penetraciones violentas, suele ser, a la par, el fundamento más favorable de todo el placer. Aquí llegamos a observar la relación estrechísima que existe entre el amor y el dolor, uno de los sub-problemas más difíciles del gran problema, y también uno de los más fundamentales en el campo dilatadísimo de la psicología sexual.

En el volumen próximo estudiaremos con cierto detalle todos estos fenómenos que tienen cabida en el marco de la sexualidad normal sin llegar al límite de las aberraciones y psicopatías, aunque, a pesar de todo, siempre hay una base "normal" que sirve de asiento a esas graandes y extremas aberraciones del amor.

Dice Havelock Ellis que la clave de la relación entre el amor y el dolor puede hallarse considerando los fenómenos esenciales de la galantería en el mundo animal en general, y a este aspecto hemos de referirnos en el presente capítulo. Afirma el sabio psicólogo que la galantería es un juego, una pequeña contienda, de la que sus combates son, con frecuencia, en su mayor parte, simulacros de verdaderos combates; pero el proceso que encierra es de la mayor seriedad, y el juego, en cualquier momento, "puede ser mórtal".

La galantería, esto es, la conquista, tiende a suscitar un combate fingido entre varios machos por la pasión de una hembra, y en cualquier momento puede convertirse en un combate real. Al efecto, el lector tendrá noticias sobradas de abundantes hechos de esta naturaleza, en los que han sido protagonistas, por lo general, dos hombres, aunque a veces se organicen verdaderas batallas campales entre varios con el mismo objeto.

Entre las gentes de educación inferior y de cultura escasa, en las que el instinto no ha llegado a ser velado por las fórmulas usuales de la civilización, se nota este grado de atavismo, de regresión hacia las primitivas costumbres de los pueblos más remotos. La crónica de sucesos de todos los periódicos de los países meridionales insertan a diario epígrafes de esta naturaleza: "Crimen por rivalidades amorosas", "Un hombre mata a otro por el amor de una mujer", etc. A veces, un hombre ve en la calle a una mujer sola, la galantea, la dice cuatro palabras, a lo mejor, correctas e inofensivas, en el instante en

que llega el novio, que se cree "con derecho de exclusiva", y surge la disputa, el tiroteo de frases, y, al final, la riña sangrienta y mortal para uno de ambos, con lo que la galantería se convierte en un proceso que encierra la mayor seriedad". Y, como entre los animales sucede, la hembra, que ha presenciado la lucha, siempre que su grado de enamoramiento no sea demasiado firme, verá con satisfacción las proezas de su pretendiente, de aquel que ha sacado la mejor parte en la lucha por "poseerla".

Esto lo sabe también el hombre. Hay muchos que en vida ordinaria son pacíficos, enemigos de disputas, de carácter reposado y abúlico, que en presencia, no sólo de su amada, sino de una mujer cualquiera en edad de ser galanteada, serían capaces de las más audaces empresas, de los más vigorosos alardes, de extraer el valor de lo más hondo de su instinto, "haciendo de tripas corazón", como dice el conocido adagio. Ello es porque la mujer, sea de la clase y civilización que fuere, admira el valor y la fuerza mucho más que la belleza, aunque, afortunadamente, el talento ocupa en estos tiempos el lugar preeminente.

El entrenador de un equipo de fútbol argentino, que había sido derrotado dos veces seguidas, poniendo en grave aprieto el prestigio del club, me demostró ser un gran psicólogo de la vanidad masculina por un lado y de la decisiva influencia que sobre ella tiene la mujer, con el siguiente hecho. Dos días antes de verificarse un encuentro de campeonato, tuvo la ocurrencia de visitar a casi todas las actrices y mujeres galantes de la ciudad y a las amantes o prometidas de los jugadores, suplicándoles que no dejasen de asistir al encuentro, ya que de ello dependía el triunfo del pabellón nacional deportivo, puesto que el equipo contrario era extranjero. Con cierta campaña de prensa, completó el *truco,* al que puso remate convocando a todos los equipiers a un "lunch", donde les hizo saber que al día siguiente no faltarían al encuentro las más bellas mujeres de Buenos Aires, deseosas de verles triunfar sobre los adversarios.

Y creo que los resultados fueron magníficos, puesto que los locales pusieron en el juego un ardor insospechado bajo el estímulo de la presencia de las mujeres, que no cesaban de animarles.

El doctor Groos, en su célebre obra *Los juegos del hombre,* estudió los juegos guerreros, que empiezan a desarrollarse desde la infancia y alcanzan su mayor actividad durante la adolescencia, diciendo que el impulso de esos juegos, aunque tiene una amplia importancia biológica, tiene también una relación con la vida sexual y

con las rivalidades de los animales en la galantería, que no debe ser ovidada. Schöffer, citado por Ellis, en relación con un caso en que se producía la excitación sexual por el espectáculo de batallas o de pintura de las mismas, observa que "el placer de la batalla y del asesinato es un atributo tan predominante en el sexo masculino del reino animal, que no puede caber duda acerca de la estrecha conexión que existe entre este aspecto del carácter masculino y la sexualidad masculina. Yo creo que puedo demostrar, por la observación, que en los hombres absolutamente normales mental y físicamente, los primeros, indefinidos e incomprensibles precursores de la excitación sexual, pueden ser inducidos por la lectura descriptiva de escenas de caza o guerra. Estas dan origen a inconscientes antojos por una especie de satisfacción en los juegos guerreros, que representan el fundamental impulso sexual del contacto íntimo y completo con un compañero, con un pensamiento secundario, más o menos claramente deefinido, de conquista". El mismo Groos cree también que hay más o menos verdad en esta sugestión de un subconsciente elemento sexual en los juegos guerreros de los muchachos. "Yo he oído referir—dice Ellis—de hombres normales que experimentaban un placer consciente de esta clase cuando, jugando, los levantaban en alto, como ocurre, por ejemplo, en el fútbol." Puede añadirse que en algunas partes del mundo el pretendiente ha de luchar y derribar en tierra a la muchacha a quien pretende, con objeto de obtener sus favores sexuales.

En el juego del galanteo, por lo general, la mujer se muestra pasiva, siendo mayor su pasividad—no olvidemos que sólo aparente—cuanto más elevada es su intelectualidad. Ahora bien, la auténtica naturaleza de esa actitud de las hembras—y la mujer lo es—, se revela por la facilidad con que prescinden de ella, más especialmente cuando el macho rehusa aceptar sus indirectas. Luego si vemos que el galanteo es un juego, aunque trágico a veces, es correcto afirmar que el primer movimiento corresponde al macho, pero que si éste deja de jugar, la hembra tarda muy poco en entrar en juego, en cuya táctica pone todos sus sentidos...

Si los hombres siguieran los consejos de Ovidio, esto es, "no hacer caso a las mujeres", ellas mismas irían a suplicar a los hombres un poco de admiración, una caricia y todo el amor de su sexo. Según refiere un explorador inglés que residió bastante tiempo en Nueva Guinea, las mujeres toman casi siempre la iniciativa, siendo consideradas como seductoras: "Las mujeres roban a los hombres". Si un joven hiciera proposiciones a una muchacha se cubriría de ridículo,

le tomarían por una mujer y todas se burlarían de él. El método usual de que se sirve una joven para insinuarse es enviar un regalo al muchacho, valiéndose de una tercera persona, siguiendo después con repetidos envíos de alimentos; a veces el joven espera un mes o dos, recibiendo regalos durante todo ese tiempo con objeto de convencerse de la constancia de la muchacha, antes de aceptar definitivamente sus proposiciones. (A. C. Hoddon, *Las tribus del Estrecho de Torres*).

Pero tanta importancia como en el galanteo tenga el dolor moral, la tiene el dolor físico, en cuyo aspecto también se manifiesta la actividad de la mujer, constituyendo todo ello una suma de emociones favorables para la disposición de amar. Foley cuenta que en Nueva Caledonia, la coqueta que ha accedido al galanteo de un hombre, se va con su amante a los rincones más apartados del bosque. "Generalmente ocurre que cuando un hombre ve a una mujer que le agrada, después de las primeras palabras se entabla una lucha enconada que termina por la realización del coito".

El procedimiento del galanteo prematrimonial en Nueza Zelanda, se desarrolla, según Earle, de una manera parecida. Por lo visto, cuando un joven casadero se enamora de una muchacha, pide el consentimiento de su padre, o si es huérfana, del pariente más cercano; si le obtiene, se la lleva por la fuerza, resistiéndose ella con toda la suya, y como en Nueva Zelanda las muchachas generalmente son muy robustas, algunas veces tiene lugar una lucha terrible; los dos pierden bien pronto sus escasos vestidos en la pelea, y algunas veces es cuestión de horas trasladar a la hermosa presa a un centenar de metros. Ahora que si ella consigue escapar, lo que suele ocurrir con frecuencia, regresa a casa de sus padres y el amante pierde toda probabilidad de conseguirla otra vez.

Los esquimales también recurren a estos métodos violentos para solucionar legalmente su problema sexual. "No hay otra ceremonia de matrimonio—dice un viajero—, más que la que requiere el muchacho para llevar a su novia a la fuerza, pues aun entre éstos, que se alimentan de grasa de ballena, la mujer salva su pudor con una apariencia de resistencia, por más que conozca desde algunos años antes que su destino está acordado y que ella ha de ser la esposa del hombre, de cuyos abrazos, cuando llegue el día de la boda, está obligada por la inexorable ley de la opinión pública a defenderse si es posible, debatiéndose y gritando con toda su fuerza hasta que llegue felizmente a la choza de su futuro señor, dando por terminado el

combate y tomando posesión de su nueva vivienda. Los esponsales a menudo se verifican en un período muy precoz de la vida y a edades muy desiguales". El matrimonio no se verifica hasta que el amante ha matado su primera foca; esta es la prueba de la virilidad y la madurez. (J. J. Hayes, *El mar polar*).

El matrimonio por rapto es común en el Africa Central. "La mujer, por regla general—dice Johnston—, no hace una gran resistencia en estas ocasiones. Casi siempre parece cosa de juego. Una mujer es sorprendida cuando va por agua a la fuente o cuando va o vuelve de la plantación. El hombre sólo tiene que hacerla ver que está cogida y que la huída no sería fácil ni agradable y ella se somete a dejarse llevar. Como regla general parece que aceptan muy gustosamente estos cambios repentinos en su existencia sexual".

Clarke dice acerca de los kalmukos, que también sus costumbres matrimoniales ofrecen aspectos de la más notable originalidad. Las mujeres montan a caballo mejor que los hombres. Un kalmuko a caballo parece que está embriagado y a punto de caer a cada instante, aunque nunca ocurre esto; pero las mujeres cabalgan con más seguridad y montan con extraordinaria habilidad. La ceremonia matrimonial entre estas gentes se celebra a caballo. La mujer monta a caballo y se aleja a gran velocidad. Su amante la persigue, y si la alcanza ella se convierte en su esposa y el matrimonio se consuma sobre la plaza, después de lo cual ella regresa con él a su tienda. Pero algunas veces sucede que la mujer no desea casarse con la persona de quien es perseguida, en cuyo caso no se dejará alcanzar por él, y nos aseguran que nunca ocurre que una muchacha kalmuka sea así alcanzada si no siente predilección por su perseguidor. Si ella no le quiere cabalga, hasta que escapa de su alcance o hasta que el caballo de su perseguidor se cansa, dejándola en libertad para volver, sin perjuicio de ser luego cogida por algún admirador más favorecido. (Lámina VI).

Entre los beduinos se arregla el matrimonio entre el amante y el padre de la muchacha, a veces sin consultarla. Entre los árabes del Sinaí la joven llega a su casa por la noche con el rebaño. A corta distancia del campamento se encuentra con el futuro esposo y un par de amigos de él y es transportada a la fuerza hasta la tienda de su padre. Si ella tiene alguna sospecha acerca de sus designios se defiende a pedradas y a veces hiere a los jóvenes, aun cuando no la disguste el amante, pues, con arreglo a la costumbre, cuanto más luche, pegue, muerda y grite, más aplaudida será después por sus amigas.

Después de ser conducida a la tienda de su padre, donde uno de los parientes del novio echa sobre ella una capa de hombre, la visten con trajes regalados por su futuro esposo y la colocan sobre un camello, "continuando todavía luchando de una manera violenta, sostenida por los amigos del novio". Luego la colocan en un lugar apartado en la tienda del esposo. Allí, finalmente, se consuma el matrimonio y la novia continúa todavía gritando. Algunas veces sucede "que el marido se ve obligado a atar a su mujer y hasta pegarla antes de que ella consienta en satisfacer sus deseos". Si realmente ella no quiere a su marido es libre para separarse de él a la mañana siguiente, y su padre está obligado a volverla a recibir, quiera o no. No está bien mirado el que una mujer, viuda o divorciada, oponga la menor resistencia si se vuelve a casar.

Los primitivos habitantes de los actuales pueblos civilizados observaron, sin duda, idénticas costumbres. Por eso en medio de la civilización no es raro que en algunos individuos, ciertas condiciones neuropáticas o degenerativas justifiquen la acentuación o revelación de esos rasgos ancestrales tan antiguos en todas las razas. "En tales condiciones—dice un autor—, la tendencia a encontrar placer en la sumisión y en el dolor que se puede hallar a veces débilmente aun en las mujeres normales civilizadas puede llegar a ser más pronunciada."

Pero bien: prescindiendo de tan vigorosos ejemplos como los citados, se puede asegurar que el elemento primitivo de crueldad más o menos latente de la galantería tiende a aumentar más bien que a disminuir entre los hombres civilizados. Dice Ellis que en la civilización, la oportunidad de disipar el sobrante de energía en el proceso de la galantería infligiendo el dolor a los rivales debe ordinariamente negarse; la mujer a quien se enamora tiende a ser el objeto único de esta energía, bien dando placer o sufriendo dolor. Además, el proceso natural de la conquista, según existe entre los animales y generalmente entre las razas humanas inferiores, tiende a disfrazarse y desfigurarse en la civilización, tanto por las condiciones económicas como por las condiciones sociales y hasta por los las prescripciones de la ética.

Desde luego, en los aspectos iniciales, no es posible recurrir al dolor físico, aunque el galanteador quisiera hacerlo; mas en cambio, la crueldad moral, es tan evidente, que no habrá un solo hombre —ni una mujer—bien orientado, que no recurra a este método. La diferencia entre este procedimiento y la coquetería, es bien poco no-

El fracaso de la infortunada, ha sido definitivo, porque al abandono ha sucedido el convencimiento por su parte de que el amor sexual carece de emociones, es un acto sucio, doloroso e indigno de relacionarle con ese otro sentimiento que tantas veces acarició su imaginación. De aquí puede surgir una frígida irremediable, una homosexual o una prostituta.

Mas a pesar de nuestras disquisiciones, las mujeres de este tipo pueden contarse con los dedos de una mano, y acaso sobren dedos. Löbel dice que de la necesidad de la mujer nace su virtud, pero que de su virtud resulta también su necesidad. Su vulnerabilidad—esto es, su disposición a recibir—la lleva a la dependencia del hombre. Para definir a un hombre, basta con esto: "que me haga sentir, que soy una mujer". Mientras que el ser masculino hace de su yo el punto central, lo femenino da vueltas en torno al tú.

Laura Marholm dice a este respecto: "El contenido de la mujer es el hombre". Y como el camino para llegar hasta el hombre pasa a través del amor, acaso ya no sea el amor la vocación de la mujer, pero sí su profesión". Pero como dice un psicólogo, esta profesión no la ejerce con una pasividad negligente: al contrario, se manifiesta con gran energía. Sea apasionada o no, siempre es tierna; da lo mismo que sienta activa o pasivamente, siempre está llena de calor maternal, porque la maternidad es el punto de vista principal de su instinto y para una mujer, el hombre tiene siempre algo de hijo. Si resistió largo tiempo al asedio de la conquista, se resistirá todavía más a que la abandonen. Sólo una pequeña parte de la defensa femenina queda dedicada a rechazar el sitiador, y la mayor parte de la defensa se dirige a retener a quien la ha conquistado. Entonces es fácil que los frenos morales y las trabas impuestas por la tradición, no signifiquen nada en su ánimo: sacrificará cuanto para ella representase en otros tiempos el máximo valor, que ahora alcanza un precio inestimable por el solo hecho de cederlo a quien ama con toda su alma y toda la fuerza vehemente de su instinto.

La mujer se defiende mientras está deseando rendirse; es un juego de niños que el hombre no debe olvidar, y el contraste se significa con lo que después se pide de ella. Se defiende encarnizadamente, y luego teme que se escape el fruto de su derrota. No hay duda que la defensa femenina, como dice Löbel, "es el método más heróico de todos los tiempos".

Y vamos a resumir las ideas del presente capítulo en una opinión concreta.

La función del hombre, es atacar: la de la mujer, defenderse, "hacerse valer", hacerse codiciar. Sabe que cuanto más se resista, será más codiciada. Y al mismo tiempo, como por naturaleza es más fría, más reflexiva y más calculadora que lo sea el hombre, su excitabilidad, es menor y jamás experimenta los efectos del "flechazo" con la intensidad del conquistador que, en un momento propicio, es capaz de jugarse la vida y el honor por una mujer a quien hasta entonces jamás vió en su vida. En cambio, ninguna de ellas haría otro tanto, ni aun en el caso de que hubiesen transcurrido algunos meses de idilio. Pero la cuestión varía notablemente si en ese tiempo los amantes hubieran llegado a la consumación de sus anhelos eróticos. Entonces, una mujer iniciada en los placeres de la sexualidad por un hombre apasionado, no es posible que se resigne a perder lo que ella estima como el máximun de su dicha ,mientras que el hombre, más subordinado a la necesidad de variación, apenas si lamentaría el lance en términos que le hiciesen llegar a esos dramáticos extremos de que es capaz una mujer sinceramente enamorada.

La vehemencia que él pone al principio, la pone ella al final; pero el método es perjudicial para ambos en los dos casos. El hombre que desde el comienzo del galanteo comete todas esas deliciosas locuras a que le impele el ardor de su temperamento, de su concepto del amor, de su inexperiencia, realiza unos actos tan extraños, que ella no es capaz de interpretarlos ni en lo más elemental de su significado. No los comprende, porque se considera noblemente incapaz de hacer lo mismo "sin tener motivos", y por eso no acaba de convencerse de que su galanteador los tenga, puesto que estima que las emociones deben ser semejantes en uno y en otro. No obstante, ese apasionamiento halaga su vanidad, pero apenas si roza las fibras amorosas de su corazón.

La defensa, pues, ya lo hemos dicho, es instintiva, es casi inconsciente, y, sobre todo, ese principio activo de su hipotética pasividad, se manifiesta en estos tiempos con más fuerza que en aquellos otros en que se escribieron los más célebres tratados del amor. La mujer es hoy más difícil que antes, pero el hombre se somete con mayor facilidad a sus encantos tan enriquecidos por los recursos múltiples de la civilización, en los que el elemento erótico se ha incrementado enormemente. Un autor niega que los obstáculos opuestos por las mujeres de la actualidad se hayan ido debilitando de un modo innatural, desde los tiempos en que "el abuelo se casó con la abuela", o mejor dicho, desde que "el abuelo tomó a la abuela". Las trabas femeninas no

han sido, en todas las épocas, únicamente impersonales, sino también de índole personal, y si entonces las impersonales eran más fuertes que las de hoy, son las personales ahora más pronunciadas que entonces. Antes no tenía que resistirse la mujer más que por el miedo y la vergüenza; los demás factores no tenían importancia. Ahora han disminuído las resistencias generales, como la timidez femenina ante lo desconocido, pero, en cambio, el instinto femenino desempeña un papel importantísimo para la elección, es decir, que se halla fuertemente pronunciada en ella la nota personal. La defensa de la mujer no es, en absoluto, menos femenina por realizarse con más independencia, más actividad y más originalidad. Con el mismo derecho podría decirse que, debido a estos hechos, la defensa de la mujer es hoy todavía más femenina. "En el amor todo es verdad y es mentira. Y esto es lo único que puede decirse con certeza sobre él". (Löbel).

LA ELECCION DEL AMANTE

Influencia de la belleza.—La enfermedad, como atractivo.—Moda y deporte.—Tipo de novia y tipo de esposa.—La mujer ideal.—Atracción universal de los pechos.—Su origen.—Los pies.—Rubias y morenas.—"Los caballeros las prefieren rubias".—Atracción de los defectos.—Son más atractivas las simpáticas.—Idealización.—La mujer estima la belleza femenina más que la masculina.—Los hombres fuertes.—Las declaraciones.

No vamos a estudiar en este capítulo lo que a la selección sexual se refiere, ya que tal tema habrá de ser objeto de un volumen completo, ni tampoco ejecutaremos el análisis desde el punto de vista de la eugenesia, esto es, el perfeccionamiento de la raza por medio de los "cruces" entre individuos seleccionados. Queremos seguir hablando de la psicología del amor en sus principios, sin otra trascendencia biológica de mayor importancia, puesto que, en primer lugar, nos interesa conocer todas las fases del galanteo, del noviazgo, de la conquista, que más tarde habrá de traducirse en la práctica sexual completa y ordenada.

Hemos de referirnos, principalmente, a los caracteres psíquicos de los individuos, a sus particularidades temperamentales, a su idiosincrasia, a su manera de ser, dicho en una palabra. No obstante, hemos de salirnos un tanto del margen propuesto al analizar la influencia de ciertos caracteres personales en la práctica sexual, ya que éstos pueden significar el más destacado elemento de atracción, la base de elección más acusada.

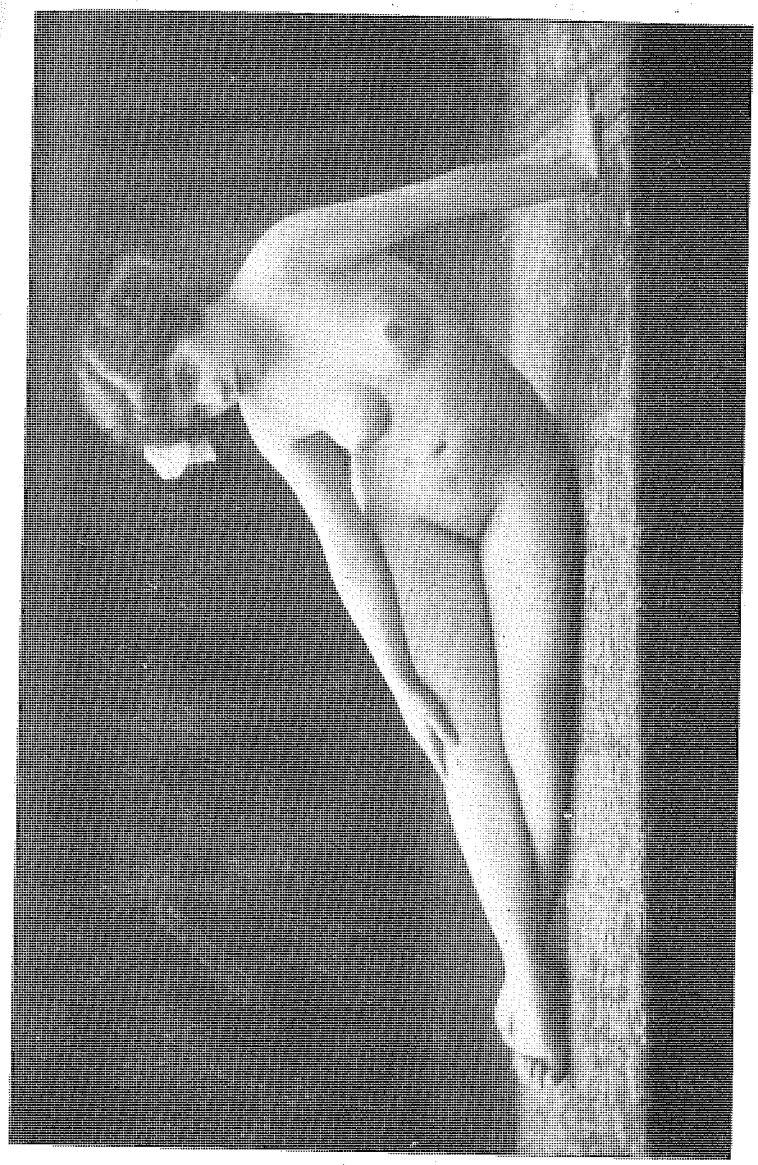
Tenemos, como elementos básicos del presente estudio, la belleza y la fealdad, la simpatía y la antipatía, los artificios de la civilización y, sobre todo, lo que se refiere al "punto de partida", esto es, la declaración amorosa, la ofrenda y exposición del sentimiento amoroso ante el ser elegido.

Empecemos, pues, por la belleza. Ya hemos dicho en otro lugar que este aspecto no deja de ser aleatorio, ya que, como dice un adagio, "de gustos no hay nada escrito"; más adelante veremos que, incluso los más acentuados defectos estéticos, pueden convertirse en objeto de adoración para individuos completamente normales.

La verdadera belleza tiene siempre su asiento en una salud perfecta: sin salud no puede haber belleza; pero también es cierto que en este enunciado tienen cabida no pocas excepciones. En cuanto a la sexualidad, los criterios no suelen ser muy uniformes en este punto, pues prescindiendo de los fines primordiales del amor, esto es, de la procreación, en lo que nunca se piensa en el período de la conquista, es fácil que la parte estética no desempeñe un papel muy destacado y hasta que ciertos caracteres derivados de un estado de salud precaria contribuyan a hacer más sugestiva "la figura" de la persona elegida.

En el amor de los idealistas, nos encontramos frecuentemente con esta especie de deformación del instinto sexual: yo he conocido a un estudiante de Medicina que se enamoró locamente de una muchacha que, sin aportar motivos bastantes para hacerla estimable por su belleza, los tenía, y sobrados, por su falta de salud. La joven en cuestión fué ingresada en un sanatorio de tuberculosos cuando la terrible dolencia ya había causado en su organismo destrozos irreparables. Su aspecto era más bien el de un cadáver. Pero ello no fué obstáculo para que mi amigo la encontrase bella, "sobre todo en los momentos en que la fiebre daba a su rostro la dulce expresión de una Mater Dolorosa".

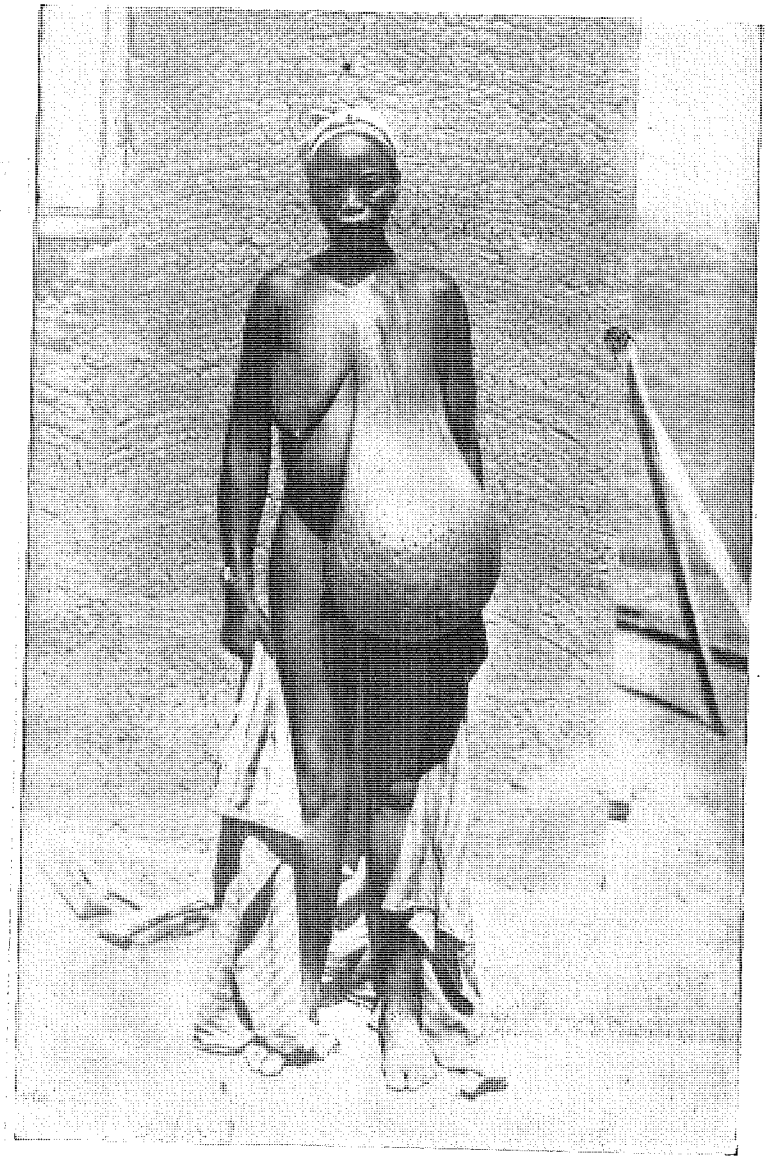
En sanatorios, hospitales y hasta en los sifiilicomios, se han dado casos de médicos o enfermeras que se han llegado a enamorar de los pacientes, y hasta que han contraído matrimonio. Pero bien; estos casos, aunque desde el punto de vista ético no ofrezcan el más mínimo resquicio para intentar una crítica, no hemos de estimarlos completamente normales y menos como base en que afirmar una discusión dilatada. Como dice Iwan Bloch, "hermosos y bellos serán los cuerpos del hombre y de la mujer, cuando todos los signos secundarios sexuales estén en ellos armónica y no exageradamente señalados y cuando la virilidad en el hombre y la feminidad en la mujer se muestren perfectamente definidas, sin hallarse influídas por rasgos aislados e individuales o alejamientos del tipo sexual propio. La belleza varonil y la femenina son algo muy diferente y no se puede hablar en absoluto de la superioridad de la una sobre la otra".



DESARROLLO PRECOZ

Esta niña de doce años, a pesar de ser impuber, presenta un desarrollo completo de todas las características sexuales secundarias, aunque no sea apta para la procreación.

LAMINA V



MUJER WAGANDA

Estas gentes encuentran gran belleza en las mujeres que tienen los pechos colgantes, y, mejor aún, deformados. Esta fotografía es la de una mujer con el pecho izquierdo hipertrofiado.

LAMINA VIII

Tiene razón, indudablemente, el sabio tratadista: pero es que no resulta imprescindible, ni necesario siquiera, que un hombre vea desnuda a una mujer, o viceversa, para que la pasión amorosa nazca sinceramente. Es posible resumir toda la anterior afirmación diciendo que, en primer lugar, en lo que a las primeras fases del galanteo se refiere, puede ser sólo el rostro o un detalle cualquiera del mismo —los ojos, la boca, la mirada, el peinado—la base de la primitiva atracción, sin importar gran cosa, mientras no se llegue a defecto físico acentuado, el resto de toda figura, de la que una parte se puede ver y la otra se deja adivinar.La moda, gran celestina, no hay duda que tiende a revelar los caracteres morfológicos femeninos e incluso a acenturlos también. Claro es que ni ahora ni nunca ha sido posible efectuar la elección del amante por medio de la expresión íntegra de los caracteres sexuales expuestos naturalmente, aunque el deporte, en sus varias modalidades, brinde ocasiones evidentes para efectuarla, por lo que nos concretaremos a estudiar el caso en los términos tradicionales, por decirlo así, y de acuerdo también con los medios que cualquier individuo puede tener a su alcance sin que por ello se resienta la moral de las costumbres.

Ya hemos hablado en otro volumen de la belleza de la mujer y del hombre como origen de la atracción sexual, resultando en ellas estética y en ellos ética; pero sin extendernos demasiado en consideraciones secundarias, vemos cuál es, por lo general, en los pueblos civilizados, el "tipo" preferido.

Dice Ellis que al constituirse nuestros ideales de belleza femenina y masculina fué preciso que los caracteres sexuales formaran, desde un período muy remoto de la historia del hombre, un elemento importantísimo. Desde el punto de vista primitivo, la persona sexualmente deseable y atractiva es aquella cuyos caracteres sexuales "tienen una gran prominencia natural o artificial". Un poeta inglés dice que la mujer hermosa es la que tiene "caderas anchas y pechos redondos y altos", o sea la mujer que evidentemente tiene capacidad para tener hijos y para amamantarlos.

En efecto, como punto de vista primitivo, no cabe duda que este tipo de belleza femenina lleva consigo los dos caracteres físicos más importantes para las funciones de la procreación, puesto que la pelvis ancha y los senos altos indican la aptitud más favorable para la maternidad, por lo que, instintivamente, el hombre los considera como bellos. (Lámina VII.)

Pero modernamente no se opina lo mismo. La moda femenina,

desde el punto de vista de la sexualidad, creo que es el más claro exponente de los gustos del hombre, y que si la mujer adopta las tiranías de los modistos, sin duda buenos psico-sexólogos, es por agradar más e impresionar más fuerte al sexo contrario. Yo he recibido una carta en la que una mujer me pedía un procedimiento para dar a sus ojos el color azul, "puesto que ahora *se llevan* los ojos azules". Pues lo mismo que *no se llevan* los ojos castaños—cuyo era el color de los de mi consultante—, no se llevan los pechos voluminosos, ni las caderas anchas, ni las piernas gruesas... "Se lleva" un tipo andrógino, ambiguo, indefinido, que ni es femenino del todo ni es tampoco masculino, porque esto sería imposible. Lo que "se lleva", lo que evidentemente prueba el gusto del hombre, es el tipo ágil, deportivo, casi recto, sin líneas destacadas: el más inapto para la maternidad, aunque sea el "más elegante" para el noviazgo y el flirt.

Desde luego estos tipos femeninos, impuestos por la moda, suelen acabar con la sustitución por otros modelos. Ahora parece que se vuelven "a llevar" los pechos prominentes, pero las caderas se prefieren estrechas y rectas, sin cintura. No obstante, cuando el hombre se dispone a enfrentarse "formalmente" con una mujer, no siempre se decide por estos tipos de tan escasa diferenciación sexual.

Stratz, en su libro acerca de la belleza del cuerpo de la mujer, señaló un canon de perfección con el que las mujeres de la época no parecían estar muy de acuerdo, aunque ahora, al cabo de cerca de medio siglo, es cuando resulta más ajustado "a lo que se lleva". Se refiere a los caracteres sexuales secundarios, que son: construcción osaria delicada, formas y pechos redondeados, pelvis ancha, cabello largo y abundante (en desacuerdo con la moda actual desde hace muchos años), límites bajos y estrechos del vello púbico, escasez de vello en el sobaco, cutis fino, cráneo redondo, rostro pequeño, órbitas grandes, cejas altas y delicadas, garganta redonda, mano pequeña, con dedo índice muy largo; hombros redondos, tórax pequeño y largo, talle fino, nalgas pronunciadas y abovedadas, muslos redondos y fuertes, rodillas redondas y suaves, pantorrillas torneadas, tobillos finos y dedos de los pies pequeños, menos el segundo, que debe ser largo, y el último muy corto.

Como comprenderá el lector, la mayor parte de estos caracteres no pueden ser modificados, ni aun por los verdaderos milagros de la cirugía, cuanto más por la moda. Pero, esto no obstante, hay algunos aspectos que son susceptibles de transformaciones adecuadas al gusto de la mujer, o, mejor dicho, a las preferencias del hombre. Ahora

bien, tan difícil resulta encontrar la representación de ese canon expuesto por el insigne fisiólogo, que en mi abundante archivo fotográfico no acabo de encontrar nada que sirva al lector para obtener una imagen rigurosamente exacta de este ideal selecto.

De todos los caracteres sexuales señalados, el que más prestigio tiene lo constituyen los pechos, lo mismo entre los pueblos civilizados que entre los salvajes. Así, entre los papuanos, el signo de belleza primordial en la mujer es que tenga los pechos erguidos y duros. La admiración general que se presta a los pechos exuberantes y a las caderas bien desarrolladas, tuvo su máximo apogeo en otra época con el uso del corsé, que daba al torso de la mujer la forma sintética de una X, siendo la intersección de las dos aspas aquellas cinturas inverosímiles que tan malos ratos hicieron pasar a las embarazadas. Antes del corsé se usó el corpiño, cuya principal misión, fundándose probablemente en un ideal ascético, era la de borrar estos caracteres esencialmente femeninos. Pero sin embargo, la mujer, poco a poco, consciente de que tal detalle significaba uno de los más fuertes motivos de atracción sexual, hizo bajar el corpiño, hasta el extremo de que, no sólo no ocultaba los pechos, sino que los hacía más exuberantes y llamativos.

Contra el corpiño y el corsé, los médicos, especialmente los tocólogos y ginecólogos, o sea los especialistas en partos y en enfermedades de la mujer, entablaron una lucha de la que pudieron salir triunfantes al cabo de muchos años de demostraciones sobre los efectos perniciosos en extremo que el uso de estas prendas representaban.

No cabe duda que el pecho redondo y firme está universalmente reconocido como signo de belleza. En ciertos pueblos de Africa no ocurre lo mismo; las mujeres suelen perder muy pronto su frescura, y resulta que estos indígenas consideran que el pecho caído es mucho más bello que el erguido. Entre los *wagandas*, esta admiración por los pechos deformes llega hasta tal extremo, que las jóvenes se los atan a la cintura para apresurar dicha condición. Como nota curiosísima de esta preferencia he de decir que una mujer que tenía un pecho hipertrofiado monstruosamente, gozaba en la tribu de la fama de ser la más bella de la comarca; a costa de infinitos trabajos, pudimos obtener la fotografía que publicamos. (Lámina VIII.)

La mujer actual, que por encima de su frivolidad y de su sumisión a las imposiciones de la moda siente a su impulso sexual revolverse contra una castidad que tan mal se aviene con su temperamento, conoce de sobra la sugestión avasalladora que sus pechos ejercen

sobre la sexualidad del hombre que la galantea con los mejores "propósitos biológicos". En el arte de hacerse amar, la mujer no necesita emplear grandes recursos de estrategia para salir airosa, siempre que el instinto de defensa no la lleve a extremos incompatibles con la natural ansiedad de su galanteador. Pero si quiere llamar la atención del hombre preferido, con usar un sostén que acentúe el relieve natural de ese carácter tan importante, creo que habrá conseguido una gran parte de sus aspiraciones, y eso porque no hay ningún hombre que, estando bien orientado en materia sexual, resulte insensible a la excitación de unos pechos armónicos y bien situados.

Ahora bien; aparte del simbolismo erótico normal que para un hombre tienen los pechos de su pretendida, o, por mejor decir, de una mujer cualquiera, esta atracción se explica por razones "más elevadas", si es que este término satisface más a los moralistas. Dice Ellis que no debemos atribuir a estos sentimientos un origen puramente sexual, pues a más del elemento estético que contribuye a despertarlos, se fundan también, hasta cierto punto, en el recuerdo de las primeras impresiones recibidas al nacer. Este elemento reminiscente de asociaciones primarias ha sido descrito perfectamente, hace casi siglo y medio, por Darwin, aunque los psicoanalistas freudianos han llegado al colmo de la suposición. No obstante, la teoría darwiniana, muy interesante, dice: "Cuando el niño, poco tiempo después de entrar en este mundo frío, es acercado por vez primera al pecho de su madre, el sentido que le permite percibir la suave sensación del calor se siente gratamente afectado; luego, su sentido del olfato responde al olor de la leche; más tarde, el del paladar se siente dulcemente impresionado por el sabor de ésta; después, los apetitos del hambre y la sed proporcionan placer por la posesión del objeto deseado y por la subsiguiente digestión del alimento, y, finalmente, el sentido del tacto queda satisfecho por la suavidad de la fuente láctea, manantial de tan variados placeres.

"Estas satisfacciones acaban por quedar asociadas a la forma del pecho de la madre, que el niño acaricia con sus manos, coge con sus labios, vigila con sus ojos, adquiriendo de este modo más idea y conocimiento de la forma del pecho de su madre que del olor, el sabor y el calor que percibe por sus otros sentidos. Y así sucede que en nuestros años más maduros siempre que a nuestra vista se presente objeto visual alguno que por sus líneas ondulantes o espirales tenga parecido con la forma del pecho femenino, ya se encuentre en un paisaje de superficies suaves graduadas con altos y bajos, ya en la forma de algún vaso antiguo, o en otras obras hechas con el lápiz o el cincel, sentimos en nuestro interior una sensación general de placer que alcanza, al parecer, todos nuestros sentidos, y si el objeto no es de tamaño demasiado grande, experimentamos deseos de acariciarle con los labios, lo mismo que en nuestra primera infancia hicimos con el pecho de nuestra madre." (E. Darwin. *Zoönomía.*)

Otro detalle importantísimo que debe tener en cuenta la mujer, ya que todos los hombres lo aprecian en alto grado, es el tamaño del pie. La moda rara vez se ha inmiscuído en este aspecto, pues a lo sumo, cuando trató de imponer un modelo de zapato de larga punta, aunque hiciese el pie más estrecho, volvió bien pronto por los sistemas que tienden a empequeñecer y acortar esta parte del cuerpo femenino.

Al hablar del pie no nos referimos a un fetiche anormal, sino que este simbolismo, como el de los pechos, hemos de estimarle completamente lícito en la orientación sexual, muy diferente a la atracción que significan los zapatos, de lo que trataremos ampliamente al referirnos a las perversiones sexuales.

Hasta hace bien poco tiempo, en casi toda la literatura se ha descrito el tipo de las heroínas concediendo páginas enteras a ensalzar la belleza de unos pies diminutos. En una de esas novelas leí hace años el disparate siguiente: "Flora era tan bella como lo que simbolizaba su nombre, pero sobre toda su belleza, unos ojos amplios, obscuros y rasgados, ponían en su rostro la sombra densa de todo un amor hecho de fuego. Pero sus pies, no más grandes que sus ojos..."

La atracción del pie existe en algunos pueblos, especialmente entre los chinos, como hemos referido en otro volumen, habiendo referencias incluso de los antiguos egipcios, como refiere Estrabón hablando de la cortesana de Rodophe. Un águila la arrebató una sandalia, que fué a caer en el regazo del rey de Egipto mientras administraba justicia, el cual no se tranquilizó hasta descubrir quién era la dueña de tan diminuta prenda, acabando por casarse con ella.

En otros tiempos llegó a constituir el pie femenino el elemento más destacado de belleza, y especialmente en España, donde se consideraba un pecado poco menos que imperdonable, no sólo mostrar los pies, sino hablar de ellos. Cuenta Havelock Ellis que en tiempos de Felipe IV, un fabricante de medias quiso regalar a Mariana de Austria unas magníficas medias de seda, pero el ofrecimiento se rechazó con indignación por el mayordomo mayor, diciendo: "La reina de España no tiene piernas."

En la actualidad, naturalmente, este afán de ocultación del pie no alcanza proporciones tan exageradas. El pudor de la exhibición del pie va asociado en muchas mujeres, especialmente entre las de las clases inferiores, al temor de causar asco, pues existiendo la creencia de que ni unos días antes, ni durante, ni varios después de la menstruación deben lavarse los pies, por ser nocivo, resulta que pueden transcurrir varios meses sin que el agua toque siquiera en las extremidades, en cuyo caso la idea de producir asco puede tener un fundamento más que sobrado para justificar tan insólita actitud. Por otra parte, la prostituta, generalmente limpia, suele mostrar cierta resistencia a despojarse de las medias en las relaciones con su amante ocasional.

Otro elemento de belleza es el cabello. Anita Loos, una novelista contemporánea, ha alcanzado la celebridad con su famosa novela *Los caballeros las prefieren rubias*. Ahora, que poco tiempo después publicó otra, continuación de la anterior, titulada *Pero se casan con las morenas*. Aparte de que ambas obras carecen de una destacada importancia en el terreno de la psicología sexual, los títulos, por lo menos, no dejan de poner de manifiesto esta predilección masculina de nuestra época.

Claro está que, desde que en el cuarto de *toilette* de las mujeres entró el agua oxigenada y el té verde, los más vulgares decolorantes conocidos del cabello, no es tan fácil fundamentar la atracción sexual en el tono legítimo de tan bello adorno, pero no cabe duda que las rubias son preferidas a las morenas, por lo menos en Europa, datando esta admiración de los primeros tiempos del clasicismo. Homero casi siempre hizo tipos rubios a sus dioses y sus héroes, y casi todos los autores coincidían en este punto. Hasta en la estatuaria policromada de aquella época, las diosas, vestales y hasta los apolos, tenían el cabello dorado.

Stratz, hablando de la belleza del colorido femenino, dice que el cabello rubio es más hermoso porque armoniza mejor con los suaves contornos de la mujer, y también evidentemente porque es mucho más conspicuo y brillante que el obscuro; un objeto dorado parece siempre mayor que uno de tonos muertos. El vello de las axilas —dice también Stratz—debe ser claro. En cambio, el vello púbico conviene que sea obscuro, para dar más realce y anchura a la pelvis y hacer más intenso el ángulo entre el monte de venus y las nalgas. Las cejas y las pestañas, siendo obscuras, también aumentan el tamaño de los ojos y los embellecen.

Y, a pesar de todo, aunque "los caballeros las prefieran rubias", ¿por qué "se casan con las morenas"?... Vamos a prescindir de los escenarios que a dicha autora sirvieron para escribir sus novelas, puesto que lo mismo en Norteamérica que en Inglaterra, Alemania y casi todos los pueblos nórdicos, el tipo rubio es más abundante que el moreno, siendo el intermedio el castaño claro, y veamos lo que ocurre en los pueblos meridionales, donde el cabello negro u obscuro parece más abundante.

En cuanto a la rubia auténtica, parece existir la creencia de que es menos graciosa, aunque más sugestiva, que la morena. No olvidemos, por tanto, que para muchos hombres tiene menos importancia la belleza ideal que la gracia, la desenvoltura y la simpatía fogosa que puede atribuirse a las morenas. En Andalucía, donde la raza ofrece los caracteres de los antiguos dominadores árabes, la morena goza de la predilección de los novelistas y comediógrafos, y hasta del galanteador. Pero la moda ofrece en este punto una particularidad digna de nota, puesto que ha logrado hacer compatible—y ya nos referimos a todas las mujeres—la gracia y la simpatía de la morena con la sugestividad delicada de la rubia: el milagro lo ha hecho el tinte.

Entre los españoles por lo menos, una rubia de ojos negros—casi siempre el rubio es artificial—se considera como tipo ideal de belleza. Es difícil convencer a la opinión popular de que unos ojos negros no denotan en la mujer mayor ardor sexual que unos ojos azules, verdes o castaños. Y es porque el español no quiere resignarse a la evidencia de que los dominadores árabes ya hace muchos siglos que salieron de España, aunque en el aspecto sexual todavía pueden observarse múltiples detalles que nos impiden negar del todo cuál es la sangre que, a pesar de los siglos, circula por nuestras venas con las mismas impetuosidades y arrogancias, un poco veladas por la civilización, de esas épocas lejanas. Está demostrado, como ya hemos dicho en otra ocasión, que la rubia auténtica exige del hombre bastante más que la morena, si bien ésta puede mostrar un ardor más violento, pero más fácilmente saciable. La rubia se excita más lentamente que la morena, siendo mayor también su capacidad erótica. Una rubia no se cansa de que la acaricien: la morena no se contenta con tan poco, y no bien han comenzado las caricias más íntimas, ya está implorando con gestos y ademanes el homenaje completo a su sexualidad.

No nos es posible tratar con todo detalle lo que a la elección del amante se refiere, pero que ya analizaremos en lo que afecta a la

selección sexual, íntimamente ligada a este aspecto. Hay que decir también, como afirma Ellis, que para el hombre, la belleza, con todos los componentes de que hemos hablado, no es el único, ni a veces el más destacado origen de la atracción sexual que puede representar una mujer. Esta no siempre es de un atractivo sexual equivalente a su belleza, y muchas veces en ella, a una gran hermosura va unido un grado inferior de atracción sexual. La presencia de una gran vivacidad o de una gran languidez, extremos diametralmente opuestos, pueden constituir un fuerte atractivo superior a todos los considerados como normales, como se revela en el caso citado del médico que se enamoró de una tuberculosa. Aquí entra en gran parte el factor temperamento, y, además, esa oculta potencia de vagas significaciones sexuales, que se evidencia en el conocido adagio que dice que "la belleza de una mujer está en los ojos del hombre que la ama".

El extremo más notable de este aspecto es lo que se refiere a la idealización de los defectos de la persona amada, incluso a la fealdad, ya que una mujer tan profundamente adorada por un hombre completamente normal puede resultar, en el concepto de otros hombres, como horriblemente fea.

Dice un tratadista que ha observado varios casos de hombres que se han enamorado y matrimoniado con mujeres cojas, pecosas de viruelas y bizcas. Un joven se enamoró locamente de una mendiga ciega de veinte años de edad, porque un día la vió los pechos. Claro que en este punto, lo de la ceguera fué lo de menos, ya que el verdadero foco de atracción fueron los pechos, en cuyo caso nos encontramos con uno de los fenómenos más típicos del simbolismo erótico, e incluso con la evidencia de la teoría darwiniana citada anteriormente. Stendhal, en su libro *Del Amor,* describió hace mucho tempo el proceso en virtud del cual se convierte un defecto en símbolo sexual:

"Hasta los pequeños defectos del rostro de una mujer—dice—, tales como las señales de viruela, pueden despertar la ternura del hombre que la ama y sumirle en profundo sueño cuando lo advierte en otra mujer. Y esto ocurre porque en presencia de aquellas señales experimentó múltiples sentimientos; porque estos sentimientos fueron, en su mayor parte, deliciosos, todos del mayor interés, y porque, hayan sido lo que quieran, se renuevan con increíble viveza a la vista de estas señales, aun cuando éstas aparezcan en el rostro de otra mujer. Si en este caso llegamos a preferir y amar la fealdad, es tan sólo porque en este caso la fealdad es belleza. Un hombre amaba a una mujer que era muy delgada y tenía señales de viruela; la perdió porque murió. Tres años después, estando en Roma, conoció a dos mujeres: la una muy bella; la otra, delgada y picada de viruelas, y por esta razón si queréis, más bien fea. Le vi enamorarse de esta última al final de la semana que empleó en borrar su fealdad con sus recuerdos."

Luego, después de estos casos citados, ¿es o no aleatorio el hecho de querer demostrar, en términos generales, sin excepción, cómo debe de ser la mujer digna de amarse?...

En cuanto a la fealdad en sí, es decir, sin necesidad de esos defectos, ha de decirse otro tanto. El observador que se lo proponga, frecuentando los bailes, paseos, centros de reunión, espectáculos, etcétera, podrá ver numerosas parejas de enamorados, cuyos tipos no se aproximarán, ni con mucho, a esos cánones de belleza enunciados. Mas por ello, no es justo pensar que ambos no estén noble y sinceramente enamorados, y, además, si se les pide juramento, pondrán la mano sobre los Evangelios asegurando que no hay en el mundo persona más bella ni más perfecta que su amante.

Además, la Naturaleza es tan sabia, que en todo ha hecho patente la ley admirable de las compensaciones. Dice un refrán que, salvo ligeras variantes, es conocidísimo en todo el mundo ,incluso en los pueblos salvajes, que "la suerte de la fea, la bonita la desea". ¡Y qué gran verdad encierra el antiquísimo dicho! La falta de belleza "del rostro", que es lo más visible, puede compensarse con la arrogancia del tipo, con la elegancia de los modales, y, sobre todo, con la simpatía personal. Una bellísima antipática es casi siempre derrotada por una fea simpatiquísima. Y ello tiene su explicación, marcadamente sexual.

Una mujer simpática, jovial y sincera—sobre todo esto—, tiene la habilidad instintiva de hacerse admirar, lo mismo por la audacia elegante de sus conversaciones que por las promesas que el hombre cree que encierran. Es muy común en él interpretar tan caprichosamente estos gestos de la mujer, pero ella no lo ignora: esto la permite elegir entre sus galanteadores al que más le agrade, siéndola bien fácil estudiarle el temperamento con las mayores probabilidades de acierto. Después, alternando esta táctica con la de la resistencia, hará caer en sus redes al más convencido de su indiferentismo en estas cuestiones.

En cambio, la que siendo bella no posee estas dotes de atracción, parece que "impone cierto respeto" a los galanteadores, respeto que se funda en la admiración de la belleza. Pero si es bella "y lo sabe",

creerá que ese solo motivo es más que suficiente para enorgullecerse, y este orgullo, precisamente, se erige bien pronto en motivo de repulsión. De estas mujeres suelen decir los hombres, invariablemente, que "son tontas". Y la estulticia, en cualquiera de sus grados, no cabe duda que resulta del todo incompatible con las seducciones del amor.

Luego entre los enamorados, ni hay belleza ni hay fealdad: hay, simplemente, amor, o, dicho más claro, sexualidad. Según Ellis, la justificación de tales diferencias está en el simbolismo erótico, que, en sus manifestaciones más refinadas, actúa por medio de las aptitudes que tiene el individuo para el idealismo. Lucrecio nos dice cómo el amante, por mucho que le diviertan las amorosas extravagancias de otros hombres, está cegado por la pasión: si su querida es negra, es una morena encantadora; si es albina, su blancura será como la de la nieve; si es muy alta, será majestuosa; si es demasiado pequeña, es una de las gracias, o, modernamente, "una muñeca"; si es demasiado delgada, un refinamiento suyo; si es sucia, es que desprecia los adornos... Y así por el estilo, no hay defecto que el amante no tienda a idealizar, porque, sin querer, es un artista que construye su imagen, de la que conoce los defectos mejor que nadie: ahora bien, sabe que el arte está, no en evitarlos, sino en trazar rasgos que los anulen y los hagan inexistentes.

Pero, después de tan larga discusión, ¿qué conclusión podemos deducir de todo lo expuesto? Si hemos de ser sinceros con nosotros mismos, la respuesta será ésta: Ninguna. Mas prescindiendo de ese pesimismo, aun nos quedan ánimos para decir a la mujer que, si quiere ser seductora, si quiere tener atractivos para los hombres, ha de prescindir de la naturalidad, recurriendo al artificio. La belleza natural, dígase cuanto se quiera, es la más atractiva... si no fuese por la competencia de las que no son bellas. Y hablamos de la belleza en todos sus aspectos, tanto en los del alma como en los del cuerpo. No hay un solo hombre a quien, pese a su aparente repugnancia, no le llame la atención una mujer esclava de las cremas y pomadas de su tocador. Claro que no es de aconsejar el abuso de estos métodos más allá del primer período del galanteo. Después, será bueno ir atenuando esas estridencias hasta llegar poco menos que a la expresión natural. Al hombre mejor orientado le agrada siempre que su novia ideal aparente una mezcla de santa y de perversa: de esposa casta y de querida insaciable. Y ésta es la base de todo el secreto del arte de hacerse amar, o, mejor aún, de hacerse desear por un hombre. Y decimos desear, porque, después de todo, ¿qué es el amor en el noviazgo sino el afán vehemente de satisfacer un deseo, la ansiedad avasalladora de llenar el cáliz de los sentidos con el néctar prodigioso de los más nobles y puros placeres de la vida?...

Y la mujer que crea que el amor es "otra cosa", ni logrará ser feliz, ni hará la felicidad del hombre a quien se entregue.

Ya hemos hablado en otro volumen de la belleza masculina según el concepto de la mujer, la cual, más positiva en este aspecto que el hombre, no aprecia en los detalles físicos el máximun de atracción, sino que tienden a elegir al amante entre aquellos que reúnen mejores dotes intelectuales. Además, se da la circunstancia curiosa de que a una mujer le llama más la atención, le parece más bonito, el cuerpo de una mujer que el de un hombre. Collin Scott observa por lo general, que aun entre mujeres bien orientadas en materia sexual, esto es, no invertidas, la belleza femenina en la escena o en el arte despierta más emoción sexual que la belleza masculina. Y añade, para más robustecer su autorizadísima opinión, que los objetos que excitan el deseo sexual del hombre son con frecuencia, si no siempre, los mismos que afectan en este sentido a la mujer, por lo que puede decirse que el cuerpo femenino produce un efecto estimulante y sexual en ambos sexos.

En efecto, entre mujeres solas, en una playa o en un espectáculo en que hombres y mujeres aparezcan casi desnudos, rara vez se elogia la línea o la elegancia de un desnudo o semidesnudo masculino, siendo igualmente raro que deje de elogiarse la belleza del cuerpo de una mujer en las mismas condiciones. Y lo mismo sucede con el rostro o con cualquiera de sus detalles. Yo he tenido ocasión de observar a una joven en el Museo de Reproducciones Artísticas de Madrid, ya iniciada en los placeres sexuales, detenerse a admirar las esculturas femeninas con más atención que las que reproducían desnudos de hombre, por muy bellos que estos fuesen. Solamente la oí exclamar ante un Hércules: "¡Qué magnífica musculatura!".

La belleza del hombre no parece significar muy grandes atractivos para el sexo femenino, y rara vez una mujer se enamora por este solo detalle. Un observador dice a Ellis, lo siguiente: "Yo he hablado acerca de este punto con gran número de mujeres casadas las unas, solteras las otras, señoras de edad y señoritas jóvenes, empleadas, chicas de servir y prostitutas, mujeres a quienes me unían lazos de amistad y otras con quienes había tenido relaciones sexuales, y no

recuerdo de una sola que me haya dicho que se había enamorado de un hombre sólo por ser guapo."

Luego en las mujeres, rara vez el sentido de la vista desempeña el principal papel en la elección como ocurre en el hombre. Aparte las dotes intelectuales de que hablábamos, uno de los más importantes factores de elección en la mujer está en la admiración de la fuerza del hombre, lo que no entra de lleno en el campo de la atracción visual, aunque de la visión de las demostraciones de fuerza se deriva el verdadero móvil atractivo, que más se relaciona con el sentido del tacto.

Sólo un psicólogo, Havelock Ellis, ha estudiado este aspecto tan notable de la elección del amante, diciendo que, instintivamente e inconscientemente también, "traducimos la energía visible en energía de presión, pues al admirar la fuerza, admiramos en realidad la cualidad del tacto que se ha hecho visible".

En esta admiración pueden apreciarse muy destacados elementos que la justifican, tales como la consciencia instintiva de la hembra de elegir al macho mejor capacitado para engendrar hijos fuertes y sanos, siendo, además, un buen protector de la familia. La mujer cree siempre que el hombre más fuerte, de más recia musculatura, es más apto para los placeres del amor que aquellos otros que no reúnen tales condiciones, en lo que no deja de evidenciarse la existencia de un error, ya que la fuerza muscular, como sucede con frecuencia en los atletas, resulta incompatible con el vigor sexual. Una joven artista de variedades se enamoró sexualmente de un atleta, hombre de veintiseis años, de gran figura, musculatura recia, piel broncínea y, en fin, dotado de los mejores signos estéticos. El muchacho se hizo desear cuanto pudo, no porque no quisiera "entregarse", sino porque esperaba a que la artista abandonase a un amante que subvenía a sus más importantes necesidades económicas.

Por fin se celebró la entrevista. En una mujer de temperamento ardiente como era aquella, la resistencia del gimnasta había operado en ella la mejor disposición: mas su desilusión fué enorme, cuando comprobó que aquel hombre de tan vigorosa apariencia fué absolutamente incapaz de contener la erección después de efectuado un coito, que no pudo repetirse en toda una noche.

En resumen, que todas aquellas cualidades que la mujer desea ver acentuadas en el hombre son la antítesis de las cualidades que el hombre desea encontrar en la mujer. Dice Ellis que el hombre debe ser fuerte, vigoroso, enérgico, velludo y hasta grosero para despertar los instinto primitivos del carácter femenino; la mujer que pueda satisfacer a este hombre, deberá ser suave, torneada y de gran dulzura, sin olvidar esas características de la simpatía que constituyen, a veces, el fundamento más destacado de la atracción personal, capaz, como ya hemos dicho, de sobreponerse al prestigio de los demás caracteres sexuales secundarios.

Un punto muy interesante de las relaciones pre-sexuales, es lo que se refiere a la declaración amorosa, el período más enojoso por que ha de pasar el galanteador. Para algunos jóvenes salvajes, este aspecto final del galanteo no tiene grandes dificultades, como sucede, por ejemplo, en Nueva Guinea. El antropólogo Guisse dice, que cuando un joven admira a una muchacha, no la mira, ni la habla, ni trata de acercarse a ella. La demuestra su amor con saltos atléticos, con actitudes y carreras, y por los ataques a supuestos enemigos, etc., para excitar su atención. Si la muchacha corresponde a su amor, se valdrá de una niña para darle una cita de amor, consistente en una nuez de areca, en cuya corteza ha impreso distintos dibujos para manifestar que corresponde a sus pretensiones. Al oscurecer él se entera del lugar donde ella le espera, acude allí, se sienta todo lo más cerca posible de la joven y mutuamente mascan la nuez. Aquellos son sus esponsales; de allí en adelante puede visitar su casa y dormir en ella.

Pero entre los civilizados, ¡ay!, no ocurre, desgraciadamente, lo mismo. El pretendiente suele recurrir a otros métodos que no siempre le aseguran el éxito, y, algunas veces, pese a que se sienta más excitado, no se atreve a reiterar la declaración por miedo a que vuelva a sucederle lo mismo. Para estos individuos la vida se presenta erizada de obstáculos.

Por lo general, el enamorado que pretende rendir a una mujer sin haber cambiado con ella una palabra, recurre a la misiva, escrita con una caligrafía impecable. Si resulta el procedimiento más cómodo, es también el menos eficaz. Naturalmente, la muchacha tiene que haberse dado cuenta del asedio, lo que no es obstáculo para que le conteste diciendo que la pretensión la ha cogido de sorpresa, y aunque agradeciendo sinceramente el interés que por ella demuestra, siente manifestarle que no puede acceder a sus pretensiones, por cualquier motivo. Sinceramente, este método ha quedado relegado a los medios provincianos.

Las mujeres no encuentran originalidad en estos procedimientos, desde que hace muchos años aparecieron en las librerías los formularios para cartas amorosas, que entre las gentes de las más bajas capas intelectuales, siguen, no obstante, rindiendo su utilidad.

Pero, es evidente, la mujer quiere que el amor se revele por actos y no se recurra a demostrarlo con palabras. Esto quiere decir, que la declaración ha de ser la "escena" final de todo el drama del galanteo, en cuyo transcurso, las palabras y los actos simultaneados "revelarán" la pasión que se siente por el objeto de tantas preferencias. Después de esta táctica, no es difícil que la mujer "suelte prenda", en un gesto, en una palabra o en cualquier otra expresión de coquetería. Cuando ya se ha establecido la reciprocidad de sentimientos, el hombre, sin necesidad de que sea un lince, podrá advertirlo bien claro. Y yo estimo que entonces, una declaración, resultaría contraproducente, como algo anacrónico. A ella le daría margen para reaccionar, y recordando todas las atenciones y delicadezas de que fué objeto por parte del enamorado, nada tendría de particular que rechazase las pretensiones por el solo afán de que se repitieran todos aquellos lances deliciosos de los primeros tiempos, cuando la falta de confianza, el mutuo desconocimiento, obligaba al hombre a velar sus emociones primero, y a revelarlas después de una manera no tan insensible como para que ella no se diese cuenta de la verdadera naturaleza de la inclinación que inducía a aquel hombre a acercársela.

Dice un autor, que no sólo resultan inoportunas e ineficaces las declaraciones formales, las peticiones expresadas con la palabra fría, en los comienzos de un cortejo. "Los deseos del amor no pueden ser expresados ni otorgarse tampoco sólo con palabras: mientras el amor dura, requiere un sutil, un exquisito poder de adivinación".

Despues de todo, no es la civilización sola la que reconoce que la declaración prematura y directa es contraproducente e inoportuna en las lides del amor. En los pueblos primitivos de todas las partes del mundo se reconoce y se ha reconocido siempre que el ofrecimiento del amor y la contestación favorable o contraria que le sigue debe hacerse por medio de acciones simbólicas, y no por el método crudo de preguntas y respuestas, aunque sea por correspondencia. Este medio es eficaz cuando el factor comercial, y no el amor, es la determinante de la declaración.

Luego las declaraciones, "ya no se llevan". No hay nada más eficaz que iniciar una amistad y sobre ella basar el amor, que insensiblemente, sin que ni los propios interesados lo adviertan, tejerá sus hilos invisibles e irrompibles también. Yo aconsejo incluso llegar a cualquier modalidad atrevida del flirt, antes que hacer el ofrecimiento e inquirir la respuesta. Una mujer suele conceder más libertades a un antiguo amigo que a un novio reciente, y esto, naturalmente, en

el terreno de la mejor moral, aunque no resulte la más grata. Cuando un "amigo" se toma ciertas libertades con una muchacha, no pasa de ser "un fresco"; si eso mismo lo hace sin más que haberse insinuado como pretendiente, ya es "un sinvergüenza", y si lo realiza cuando ya se han establecido esas afinidades favorables, torna de nuevo a ser "un frescco", cuya frescura no deja de ser agradable para mitigar el ardor de la enamorada... Y de ahí en adelante, todas esas deliciosas licencias del amor, tienen la doble misión de procurar los más sublimes deleites inéditos, y, lo que es más importante, asegurar la identificación de dos seres que están dispuestos a entonar el duo milagroso y eterno.

DEL NOVIAZGO HASTA LA BODA

Atracción de la disparidad.—La gran alcahueta. Resultado de una encuesta.—Contrariedades de amor.—Inconvenientes de la unión matrimonial. La monotonía de la tranquilidad.—Duración prudente de las relaciones.—Lindes de perversión.—Táctica equivocada. — El noviazgo ideal. — Los enamorados amigos.—La reflexión de la edad.—Inconvenientes graves de las bodas prematuras.

El hecho de haberse iniciado las relaciones amorosas, no quiere decir que hayan de terminar, no digamos ya en una unión legalizada, sino que ni siquiera en una realidad sexual libre.

Si para nuestro ejemplo tomamos a un hombre y una mujer, jóvenes ambos, que no hayan tenido otra experiencia espiritual que la que mutuamente se vayan enseñando y sus caracteres son dispares, en este caso, es fácil que la consumación del móvil exclusivo del amor, resulte, más pronto o más tarde, un accidente irremediable. Digo deliberadamente "caracteres dispares", porque cuando es posible advertir en los amantes esa identidad temperamental, resulta que ya no puede haber secretos ni grandes inquietudes: el uno es como es el otro, y cuando uno se conoce a sí mismo, poco trabajo cuesta conocer al contrincante. Yo creo que es el resumen más sencillo que se puede hacer de la cuestión.

Por fortuna, como dice Löbel, el matrimonio se lo arregla una fuerza extraña a quien lo merece, y esa fuerza, la más ocupada de todas las agencias matrimoniales, se llama Naturaleza. Y agrega con su desenfado sugestivo y peculiar en toda su filosofía, que esa casamentera universal, sólo en apariencia une a dos criaturas para satisfacer sus deseos amorosos; en el fondo, lo único que le interesa es el tercero, que, sonriente, ha de nacer. "Se cree amar, pero en realidad se propaga uno. El niño es el único objeto del matrimonio, y la vieja alcahueta, la naturaleza, se aprovecha de los instintos del hombre y de la mujer para convertirlos respectivamente en padres y madres."

Mas... ¡alto ahí, profesor Löbel!... Si el género humano posee instintos, no es menos cierto que también puede ser consciente de ellos e incluso disponer de fuerzas o elementos suficientes para acallarlos o contrarrestar sus efectos, de forma que esa alcahueta que es la naturaleza, no llegue a apercibirse siquiera del fraude. Yo, venerable maestro, opino así. Y usted, en el fondo, sabe que tengo razón, sobre todo si analizamos el amplísimo panorama que nos ofrece el complejo problema de la sexualidad actual, donde el instinto por un lado y las conveniencias por otro, se encargan de dejar en ridículo a esa gran incubadora universal.

De forma que, a pesar de todo, no nos queda otro consuelo que el amor, porque eso de ir a los amantes con excitaciones bíblicas y conceptos evangélicos, es tan ineficaz como todo lo que digamos psicólogos, moralistas y médicos en favor del aumento y el vigor de la raza. Y conste que eso del "amor", ya parece que se va pasando de moda, al menos como esencia de la ética del siglo. Mas no nos metamos en profundidades, que el tema es otro.

Hablábamos de la diferencia de caracteres, de la disparidad. Ernest Kretchmer, examinando hace poco menos de un lustro los tipos de constitución de ciento setenta matrimonios, halló que, en la mayoría de los casos, se habían atraído los contrastes. Por mi parte, también he realizado una especie de encuesta entre cincuenta y siete matrimonios, y de todos ellos sólo once, y mal avenidos por cierto, parecían estar en posesión de caracteres iguales. Pero no era esta la finalidad más importante de mi encuesta: quería saber, sobre todo, cual era el carácter del primer amante y cual el del cónyuge actual, a más de el del propio informador. En resumen, que los caracteres dispares parecían haber sido, no sólo la determinante del noviazgo, sino también del matrimonio, mientras que en el período presexual, las relaciones entre individuos de caracteres semejantes, resultaban poco duraderas "y—como me dice un informador—, sin más encantos que los que nos proporcionaban los placeres efímeros de las reconciliaciones, después de las frecuentes riñas que sosteníamos. No obstante—añade—, no sé si mi novia de antes, que es mi esposa ahora, ha cambiado de carácter, o es que he cambiado yo: sólo puede decirte, y tú te lo explicarás mejor, que sobrellevo el matrimonio "sin pena ni gloria", y que si no me fuesen posibles otras satisfacciones extraconyugales, estaríamos divorciados desde los pocos meses de nuestro casamiento".

En este caso de mi informador y amigo, las relaciones prematrimoniales, no le sirvieron para construir los basamentos de su felicidad conyugal, que es lo mismo que le sucede a una gran proporción de matrimonios: ni él ni ella supieron interpretarse, ni aprendieron el arte de hacerse amar, cuyo "doctorado" sólo se adquiere a fuerza de experimentos, de triunfos y de fracasos, o, por el contrario, en virtud de unas relaciones prenupciales dilatadas y enojosas, en las que al cabo de cierto tiempo, puede haber habido "de todo", sin otro inconveniente que la falta de libertad para hacerlo.

En el noviazgo, no cabe duda que toda esa secuela de dulces contrariedades, ese placer sádico de hacer sufrir, de "castigar", de celos, de disputas por motivos pueriles, de inconvenientes fútiles, etc., nacen de la misma necesidad del amor: es el placer del dolor, es el deleite de la reconciliación. Van de Velde sostiene que para el matrimonio perfecto, estas disputas y pequeños disgustos, hasta el odio bestial que en un momento puede establecer entre los cónyuges una separación de abismo, son necesarios para que el amor aumente, para que la pasión crezca. Todos los seres humanos que han pasado por estos trances, podrán corroborar tal aserto.

Ahora bien, lo mismo en el noviazgo que en el matrimonio, el arte de hacerse amar por el amante o el cónyuge, pone un límite prudente a todas estas exaltaciones, cuando el arte se interpreta en su justa medida. Hay muchos hombres que experimentan el más insigne de los placeres del alma, viendo llorar a su amada. Por eso la "castigan", no sólo espiritualmente, sino a veces infiriéndola daños físicos: el caso es "verla llorar, hacerla sufrir", porque así, el beso de la reconciliación, será más denso, más sabroso, más del alma. Luego él, arrepentido, devolverá a su amada el placer con la ofrenda de unas lágrimas que brotan de lo más profundo de su sinceridad. Y la mujer que ve a un hombre llorar de amor, no encontrará nada de que hacerle merced como objeto de compensación.

Pero al noviazgo, pese a todas esas expresiones del flirt de que hemos hablado, no es posible concederle el máximo valor como fundamento de la dicha futura. Aunque entre los novios se establezcan los más firmes lazos de compenetración posibles, aunque a pesar de la diferencia de caracteres resulte que uno manda y otro obedece, a pesar de que los amantes puedan llegar a la práctica completa de la sexualidad, no es posible predecir con certeza que esa dicha actual haya de prolongarse desde el instante en que las leyes establecen la unidad matrimonial, con sus protecciones y sus garantías. Un noviaz-

go en esas condiciones que equivalga a un matrimonio de prueba—de lo que ya hablaremos en el volumen correspondiente—, por el solo hecho de llevar aparejada la vida en común, ese sistema de comunismo celular, sufre una metarmofosis tan ruda, especialmente en el aspecto psicológico, que el contraste puede ser suficiente para justificar las más peligrosas desavenencias conyugales e incluso conducir a los cónyuges al límite de la desesperación.

Pero, lector, no te alarmes: esto ocurre sólo en un reducido número de casos, y la explicación es bien sencilla. Suele haber tipos de enamorados, en quienes el sostenimiento y el florecimiento de su pasión, se basa, precisa y paradójicamente, en las dificultades y obstáculos que se oponen para el logro completo de todas sus aspiraciones. Hay hombres también, que a pesar de estar profundamente enamorados de su novia, no quieren o no pueden llegar al matrimonio, o mejor, a la unión legal, o por un temor fundado a perder su libertad o porque el factor económico sea el *leit-motiv* de la cuestión. En ambos casos, ella llega a habituarse a esa ansiedad constante, a ese malestar continuo, a esa inquietud emocional, a ese sufrimiento, dicho en una palabra. Todas estas circunstancias avivan las llamas pasionales de su corazón y su amor va aumentando hasta adquirir proporciones de verdadero sacrificio. Pero bien: cuando la imposibilidad de efectuar la unión legal es evidente, también a él le sucede exactamente lo mismo: resulta que para ambos, el estímulo más poderoso surge de las dificultades por el momento invencibles. Y llega el matrimonio tan ansiado: su amor ha tenido la sanción de todos y se ha consumado felizmente: viven tranquilos... Mas bien pronto echan de menos la fuerza avasalladora del viejo estímulo: la ilusión ha vivido hasta que la materialización nació. Y entonces advierten que en su vida hay un vacío muy difícil de llenar para la insaciable emotividad de sus temperamentos deformados por unas relaciones que llegaron a parecerles interminables.

Repito que estos casos son excepcionales, y, además, que no son irremediables, ya que el matrimonio ofrece múltiples recursos de gran importancia, como es el de la erótica; pero si esa antigua emoción ha llegado a tomar las proporciones de un hábito arraigado, la erótica no será, a lo sumo, más que una compensación.

Teniendo en cuenta el volumen de excitaciones que la vida actual lleva consigo, yo no aconsejaría a nadie unas relaciones prenupciales prolongadas. En año o año y medio todo lo más, hay tiempo para que dos enamorados "serios" puedan llegar a la identificación que es

posible alcanzar con este remedo de intimidad. Por otra parte, el hombre o la mujer que al cabo de un año no han logrado hacerse amar recíprocamente, es muy difícil que lo consigan en adelante. Pero sucede, también en virtud de esas excitaciones, que la precocidad sexual no deja de ser un signo de nuestra época, para lo que el remedio resulta cada día más difícil de aplicar. Esa precocidad que abarca por igual a los dos sexos, es abundantemente incompatible, no digamos con la moral, sino también con la finalidad de la sexualidad organizada. Pero en contraste, los hombres que van al matrimonio, lo hacen cada vez más tarde, cuando ya han pasado por una larga experiencia sexual. No obstante, como decía Milton, aquí nos encontramos con que este método ofrece una ventaja indiscutible, puesto que aquellos que han vivido más licenciosamente son los que encuentran más felicidad en la vida conyugal. Sus innumerables pasiones, relegadas y olvidadas a su antojo, son, como si dijéramos, otros tantos divorcios que les dieron experiencia.

¿Pero y la mujer? Esta es la incógnita más seria del problema, ya que si su edad no está en armonía con el impulso excitado por todos esos factores de expresión descarada, ha de estar, por lo tanto, en el mismo derecho que el hombre. Así ha nacido la semivirgen, que no es más que una víctima de los tiempos, y, que al igual que el hombre, no quiere que le hablen de matrimonio hasta no "haberla corrido". En el volumen IV hemos hablado de la semivirgen con cierta amplitud de detalles, por lo que nada hemos de repetir.

Después de todo, toda novia tiene algo de semivirgen en los tiempos modernos, y eso sin remontarnos a buscar tipos en los países de cultura superior, en los que existe un criterio bastante más amplio con relación a las cuestiones del sexo. Repito que las excitaciones de la vida moderna han reconquistado para la sexualidad los viejos fueros del solo imperio del instinto, cuando aquel podía satisfacerse sin temor a los feroces anatemas sociales: en este orden de cosas, no cabe duda que estamos dando el salto atrás.

En este punto es necesario analizar el verdadero motivo de la conducta sexual de las jóvenes modernas que constituyen la nueva generación, por lo que cabe preguntar: ¿cuál es el papel de la semivirgen en el arte de hacerse amar? Yo respondería, terminantemente, que su actitud es negativa en este sentido. No cabe duda que el amor puede ser tanto más fuerte, cuanto más intensas sean las excitaciones "directas" que constituyen el ambiente en que se desarrolla. En dicho aspecto, reconozcámoslo con nobleza, la mujer rara vez

toma la iniciativa, ni aun siquiera en lo que se refiere al beso. El hombre, el novio, empieza por besarla en la mano, después sube al brazo, y termina en la boca, cuando no intenta descender un poco más abajo del escote, y hasta más abajo aún...

Ella, en principio, opone toda la resistencia instintiva de que es capaz, y a ello añade la repugnancia del pudor por un lado y la de la educación y los prejuicios por otro. Pero el hombre exige: su erotismo es más violento y no admite tantas dilaciones, hasta que consigue sus propósitos. No digamos que la muchacha experimenta más placer que el que se deriva de la consciencia de que se lo proporciona a su amante, pero poco a poco advierte que en esas emociones que procura, nacen otras que a ella la deleitan más íntimamente. No pide la reciprocidad, pero la desea "con toda su carne", y pronto se deja hacer, hasta que lograda la satisfacción, se hace el gran propósito de no volver a incurrir, propósito que mantiene firme. Pero en este punto, el novio, ignorante de que la excitabilidad de la muchacha es más lenta y sus necesidades no son tan apremiantes, argumenta: "Es que ya no me quieres y por eso me lo niegas"...

Y procura no verla en unos días, hasta que ella le suplica el retorno. Así se repiten los lances, cada vez con menos frecuencia, porque la mujer, a pesar de su perspicacia, cree que si no acede a los deseos del amante, se expone a perderle para siempre. Claro es que esta semivirgen, no es viciosa: es, principalmente, una enamorada.

¿Y a qué límites puede llegar una mujer sinceramente enamorada?... La que se somete a estas caricias perversas, remedo de promesas más intensas, es ya capaz de todo. Yo diría que el ochenta por ciento de las mujeres que teniendo novio llegan al matrimonio con el himen intacto, o, mejor dicho, íntegro, se lo deben, no a su resistencia, sino a su novio. Y no atribuyamos este rasgo del hombre a un móvil de caballerosidad, porque sería injusto en la generalidad de los casos: si no se apodera de la fruta prohibida que ella estaría dispuesta a dejarle saborear, es por temor a posibles y naturales consecuencias, que, en el mejor de los casos, sólo tendrían arreglo precipitando la boda.

La mujer que tanta resistencia muestra en el período preliminar del galanteo desplegando todas sus fuerzas de defensa, sucumbe después a otros ataques infinitamente más peligrosos. Si fuese posible estructurar de nuevo la ética femenina en el sentido de que invirtiese el orden de sus actividades, habría más matrimonios y bastantes menos semivírgenes. Es estúpido y no deja de significar un contraste

demasiado rudo, el hecho de que todo lo que al principio son dificultades, se conviertan al final en facilidades sumas. A veces hay hombres en los que la manía vindicativa parece ser uno de los más vigorosos móviles de su existencia. Luchan sinceramente por conseguir el amor de una mujer que se les niega una y otra vez, negativas que de paso que van anulando el amor inicial, dan lugar a que surja en su ánimo el amor propio, haciendo cuestión de honor rendirla a costa de todo. Un día, cae en las redes del galanteador a quien tanto ha hecho sufrir, y entonces éste, friamente, empieza a desarrollar su táctica de venganza, a la que logra dar cima lo más ampliamente posible. Y después de haberse saciado, de haber rendido completamente aquella fortaleza que pareció inexpugnable, la abandona con orgullo, con satisfacción suprema: es el hondo y sabroso placer de la venganza.

La mujer que concede a su amante algo más que la simple y legítima caricia, o, por mejor decir, más que aquello que ella sinceramente anhela, ignora por completo el arte de hacerse amar. En contraste, el hombre demostraría idéntica ignorancia si no lo exigiera: he ahí la gran diferencia. Y es que este juego de excitación, lo mismo en el noviazgo que después de efectuada la unión sexual, tiene la máxima importancia, puesto que tiende a hacer más codiciable el objeto que se anhela.

¿Pero quién confía en el éxito de estas teorías? A esas edades en que el ardor juvenil es como una llama viva que todo lo quema y todo lo arrasa y que con lo primero que da al traste es con los conceptos prohibitivos de la vieja moral, el impulso necesita de ciertas facilidades para la satisfacción de sus más elementales anhelos que son como la válvula de escape de la gran tensión erótica de los amantes.

No hay más solución, si se quiere atenuar estos efectos traducibles a veces en hondas perturbaciones sociales, que los recursos que se encuentran en los métodos adecuados de la educación sexual de la infancia. La aplicación de un sistema inteligente de preparación, de coeducación, que establezca en la niñez una intimidad libre de prejuicios y prohibiciones que no tienen otros resultados que excitar la imaginación de los pequeños, conduciéndola a través de unos conceptos confusos que, por no ofrecerse claros a su percepción, bien pronto llegan a convertirse en verdaderas obsesiones que dan lugar a ciertos vicios, a determinadas deformaciones del impulso sexual, cuando no se manifiestan en expresiones normales, pero de una pre-

toma la iniciativa, ni aun siquiera en lo que se refiere al beso. El hombre, el novio, empieza por besarla en la mano, después sube al brazo, y termina en la boca, cuando no intenta descender un poco más abajo del escote, y hasta más abajo aún...

Ella, en principio, opone toda la resistencia instintiva de que es capaz, y a ello añade la repugnancia del pudor por un lado y la de la educación y los prejuicios por otro. Pero el hombre exige: su erotismo es más violento y no admite tantas dilaciones, hasta que consigue sus propósitos. No digamos que la muchacha experimenta más placer que el que se deriva de la consciencia de que se lo proporciona a su amante, pero poco a poco advierte que en esas emociones que procura, nacen otras que a ella la deleitan más íntimamente. No pide la reciprocidad, pero la desea "con toda su carne", y pronto se deja hacer, hasta que lograda la satisfacción, se hace el gran propósito de no volver a incurrir, propósito que mantiene firme. Pero en este punto, el novio, ignorante de que la excitabilidad de la muchacha es más lenta y sus necesidades no son tan apremiantes, argumenta: "Es que ya no me quieres y por eso me lo niegas"...

Y procura no verla en unos días, hasta que ella le suplica el retorno. Así se repiten los lances, cada vez con menos frecuencia, porque la mujer, a pesar de su perspicacia, cree que si no acede a los deseos del amante, se expone a perderle para siempre. Claro es que esta semivirgen, no es viciosa: es, principalmente, una enamorada.

¿Y a qué límites puede llegar una mujer sinceramente enamorada?... La que se somete a estas caricias perversas, remedo de promesas más intensas, es ya capaz de todo. Yo diría que el ochenta por ciento de las mujeres que teniendo novio llegan al matrimonio con el himen intacto, o, mejor dicho, íntegro, se lo deben, no a su resistencia, sino a su novio. Y no atribuyamos este rasgo del hombre a un móvil de caballerosidad, porque sería injusto en la generalidad de los casos: si no se apodera de la fruta prohibida que ella estaría dispuesta a dejarle saborear, es por temor a posibles y naturales consecuencias, que, en el mejor de los casos, sólo tendrían arreglo precipitando la boda.

La mujer que tanta resistencia muestra en el período preliminar del galanteo desplegando todas sus fuerzas de defensa, sucumbe después a otros ataques infinitamente más peligrosos. Si fuese posible estructurar de nuevo la ética femenina en el sentido de que invirtiese el orden de sus actividades, habría más matrimonios y bastantes menos semivírgenes. Es estúpido y no deja de significar un contraste

demasiado rudo, el hecho de que todo lo que al principio son dificultades, se conviertan al final en facilidades sumas. A veces hay hombres en los que la manía vindicativa parece ser uno de los más vigorosos móviles de su existencia. Luchan sinceramente por conseguir el amor de una mujer que se les niega una y otra vez, negativas que de paso que van anulando el amor inicial, dan lugar a que surja en su ánimo el amor propio, haciendo cuestión de honor rendirla a costa de todo. Un día, cae en las redes del galanteador a quien tanto ha hecho sufrir, y entonces éste, friamente, empieza a desarrollar su táctica de venganza, a la que logra dar cima lo más ampliamente posible. Y después de haberse saciado, de haber rendido completamente aquella fortaleza que pareció inexpugnable, la abandona con orgullo, con satisfacción suprema: es el hondo y sabroso placer de la venganza.

La mujer que concede a su amante algo más que la simple y legítima caricia, o, por mejor decir, más que aquello que ella sinceramente anhela, ignora por completo el arte de hacerse amar. En contraste, el hombre demostraría idéntica ignorancia si no lo exigiera: he ahí la gran diferencia. Y es que este juego de excitación, lo mismo en el noviazgo que después de efectuada la unión sexual, tiene la máxima importancia, puesto que tiende a hacer más codiciable el objeto que se anhela.

¿Pero quién confía en el éxito de estas teorías? A esas edades en que el ardor juvenil es como una llama viva que todo lo quema y todo lo arrasa y que con lo primero que da al traste es con los conceptos prohibitivos de la vieja moral, el impulso necesita de ciertas facilidades para la satisfacción de sus más elementales anhelos que son como la válvula de escape de la gran tensión erótica de los amantes.

No hay más solución, si se quiere atenuar estos efectos traductibles a veces en hondas perturbaciones sociales, que los recursos que se encuentran en los métodos adecuados de la educación sexual de la infancia. La aplicación de un sistema inteligente de preparación, de coeducación, que establezca en la niñez una intimidad libre de prejuicios y prohibiciones que no tienen otros resultados que excitar la imaginación de los pequeños, conduciéndola a través de unos conceptos confusos que, por no ofrecerse claros a su percepción, bien pronto llegan a convertirse en verdaderas obsesiones que dan lugar a ciertos vicios, a determinadas deformaciones del impulso sexual, cuando no se manifiestan en expresiones normales, pero de una pre-

cocidad desproporcionada, no sólo a la moral del individuo o de la colectividad, sino también a las energías de su capacidad fisiológica.

Un punto importantísimo del magno problema, es lo que a la edad de los novios se refiere. Mientras que el idilio de los púberes no pase de ser una especie de amor-amistad, "un juego de niños", pero de niños vigilados, hasta estimo conveniente que los primeros sentimientos amorosos sean protegidos por los padres, porque en este juego puramente sentimental es posible obtener una suma de ternuras que más tarde se traducirá en el mútuo conocimiento, en la exacta compenetración de las almas, pese a sus diferencias raciales. Pero los prejuicios sociales, no lo quieren así. Yo aconsejaría a los padres de una mocosuela galanteada por otro crío de su edad, que, lejos de ver en esas pretensiones una predisposición amorosa sexual, viesen sólo, "haciendo la vista gorda", al mejor amiguito de su hija. Entonces, nada de prohibiciones, de trabas ni regañinas, que serían contraproducentes, o, mejor dicho, que contribuirían a convertir en pasión lo que, razonablemente, no pretende pasar de una intimidad a todas luces inofensiva. Y diría a esos padres: Dejad a vuestra hija que se distraiga con su precoz galanteador, que será como un juguete más entre todas sus muñecas; dejadla, y hacedle a él "entrar en casa". Si el instinto del niño—masculino al fin—, intentase algo inadmisible con la pequeña, la educación dada a la muchacha debe servir a los padres de base de garantía. Una madre puede hablar a su hija en estos casos con más libertad que el padre, y las recomendaciones no serían desoídas. En resumen, partir de una base: cuanto menores sean los obstáculos, menor será también el "peligro".

Después de todo, esta fórmula que propongo, no es más que una variedad de las múltiples que ofrece el sistema de la coeducación. Pero el inconveniente máximo, a pesar de todo, está en la educación de los padres, que en su mayoría, son incapaces de interpretar estas doctrinas en su justa y lógica medida.

Ya hablaremos oportunamente del matrimonio de prueba, algo incomprensible para la estructura de nuestra moral tradicional, pero no cabe duda que no habrán de transcurrir muchos años para que esta ilusión de los eugénicos se convierta en una admirable realidad, como ya está ocurriendo en otros países, más civilizados y menos sujetos a las imposiciones tradicionales, aunque también algunos pueblos salvajes practiquen estos métodos cuyo origen se remonta a los primeros días de su historia.

Yo estimo también ventajoso para alcanzar la máxima perfección en el amor, primero, que las relaciones "espirituales" comiencen en edades tempranas, y, segundo, que tanto el hombre como la mujer, cambién de amante cuantas veces sea posible. Esto ocurre, generalmente, en aquellas parejas que disfrutan de la máxima libertad para frecuentarse, de donde surge el hecho inevitable, como una ley física que pudiéramos decir, que así como la privación es causa del apetito, la abundancia da lugar al hartazgo. A este propósito dice Hirth, que la verdadera maestría en el amor sólo se muestra en la repetición. Hay ideales naturalezas donjuanescas, lo mismo en hombres que en mujeres, que siempre están en busca del verdadero, único y eterno amor.

Por otra parte, el arte de hacerse amar no puede tener una práctica positiva y floreciente más que cuando se traduce en el producto de la madurez mental y fisiológica de los amantes, cuando ambos están capacitados para enfrentarse con las contrariedades y satisfacciones de la vida, y, dicho más crudamente, cuando las glándulas de secreción han alcanzado la perfección de un normal funcionamiento.

Y esto no es posible que suceda en esos enamorados cuya pasión arrolladora no estriba en otros estímulos que el ardor natural de su reciente surgimiento a la vida "semiconsciente". Por lo general, ese factor económico imprescindible para el equilibrio conyugal en particular y social en general, es un detalle de poca importancia para los enamorados, que se creen que con su pasión tienen bastante para amarse, para alimentarse y pagar al casero. No obstante, de esta forma es como se celebran muchos matrimonios que no tardan en ser desgraciados, aunque el factor económico sea abundante y no deje lugar al temor de otras inquietudes.

Bloch dice que los casamientos prematuros, no representan más que un síntoma del también prematuro despertar de la sexualidad en nuestra época. No obstante, esos hechos, a mi juicio, si son un síntoma, puede decirse que la esfera que abarca es bastante reducida, sobre todo a medida que la civilización avanza. En los pueblos españoles, sin ir más lejos, cuando el muchacho tiene dieciséis años y ella no llega a los catorce—aunque por su desarrollo pudiera atribuirse a ambos más edad—, las familias "toman en serio" el asunto, y así se llega a la edad en que él vuelve "de servir al rey", que algunas veces coincide con las amonestaciones prematrimoniales. Pero otras veces, como sucede que "también la gente del pueblo, tiene su corazoncito", ciertas circunstancias imprevistas por los padres, precipitan la boda, y, por lo tanto, la infelicidad de los amantes.

Y esto ya no entra en la esfera del arte de hacerse amar, sino que se convierte, desdichadamente, en la "ciencia de hacerse odiar", pues la realidad no tarda en evidenciarse con toda su crudeza. Miss Chapperton, refiriéndose a las clases educadas, defiende la conveniencia de los casamientos tempranos, y hasta durante la vida de estudiantes, pues los estudios podían, hasta cierto punto, continuarse luego juntos. Ellen Key también se muestra partidaria de los casamientos tempranos... Pero añade, y esto es muy importante, "que llevan consigo la necesidad de un divorcio fácil y posible".

Tal es, en realidad, la única condición que, según dicha autora, deben de tener las bodas prematuras para no ser desastrosas. Los jóvenes—a no ser que posean una naturaleza muy sencilla e inerte—, no pueden adivinar el desarrollo que luego adquirirán, ni las fuertes necesidades que amenazan su felicidad, ni saben tampoco apreciar con exactitud la naturaleza y calidad de otra personalidad que no sea la suya. Una boda efectuada en edad muy temprana, deja muy pronto de ser unión en todo menos en el nombre. Ellen Key cita casos de jóvenes que han solicitado la separación el primer día después de su boda, y, por nuestra parte diremos, que otros muchos la solicitarían en nuestros medios, si es que hubiese facilidades para ello...

La edad más indicada para formalizar unas relaciones amorosas, ha de ser la de veintiséis años en el hombre y de veinte en la mujer, para efectuar la unión al año siguiente.

Además, sólo en estas edades es cuando se adquiere la plena consciencia de todos los actos, y, por lo tanto, la responsabilidad de los mismos. Todos los actos anteriores del galanteo practicados en "serio", hemos de tomarlos a broma desde el punto de vista de la normalidad sexual. El ideal sería que los novios no fuesen más que amigos, dos buenos camaradas confidentes de todas las alegrías y de todos los pesares, pero sin que en el asunto entrasen a formar parte las complicaciones sexuales.

¿Mas quién habla de ideales en los tiempos que corren?... Y es una pena que así no sea, porque el arte del amor, el arte de hacerse amar, se basa en enunciados bien simples: es una lucha, en la que el atacante es el hombre y quien se defiende es la mujer. Y mientras no haya defensa, no es posible que haya ataque. Y cuando no hay ataque, no puede haber amor.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA..... 5

LAS PRIMITIVAS ARTES DE SEDUCCION

El amor se enseña y se aprende.—Influencia de la civilización.—Instrucciones privadas.—La enseñanza en los pueblos salvajes.—El arte de seducción en Siam y Birmania.—Honradas y prostitutas.—Lo que copian las honradas, con el fin de hacerse amar.—El taparrabos.—Adornos y tatuajes.—La aristocracia y el tatuaje.—El valor y la fuerza como métodos de seducción.—Diferencias de cultura.—El amor entre las arañas..... 7

LOS PRIMEROS PASOS

La pubertad y el amor.—Modificaciones de la pubertad. Olor genital.—Cambios en los genitales.—Desarrollo precoz.—Modificaciones intelectuales.—Estados anormales.—Aparición del impulso.—Actitud de la mujer.—Su superioridad.—Los libertinos.—Pasiones vehementes.—Preferencias de los románticos.—Coquetería.—Inconvenientes de la sinceridad.—Dafnis y Cloe.—El amor de los adolescentes.—La educación en común.—Los internados..... 19

HOMBRE Y MUJER, FRENTE A FRENTE.

Orientación sexual.—Pasividad activa.—¿Cómo debe tratarse a la mujer?—El triunfo de un "pasivo".—Gestos y palabras.—Táctica masculina.—La licencia del lenguaje. Amistad platónica.—Platonismo conyugal.—Las que ceden y las que resisten.—La actitud de los padres.—"Caza" del novio.—El miedo al amor.—Las tímidas.—El signo de los tiempos.—Inconvenientes del lujo.—Diferencias entre ayer y hoy.—Límites de la audacia..... 35

LOS METODOS DE LA CONQUISTA

Voluntad y condescendencia.—La batalla de los sexos.—Primitivas y modernas.—Las insaciables.—Amor y dolor. La galantería es un combate.—Estímulos del amor propio.—Significación sexual de los juegos.—El galanteo entre los salvajes.—Coquetas y "castigadores".—El "castiga-

Páginas

dor" y sus triunfos.—Decadencia de estos tipos.—El fracaso de las sentimentales.—La vehemencia.—La mujer se defiende mejor que antes..... 49

LA ELECCION DEL AMANTE.

Influencia de la belleza.—La enfermedad como atractivo.—Moda y deporte.—Tipo de novia y tipo de esposa.—La mujer ideal.—Atracción universal de los pechos.—Su origen.—Los pies.—Rubias y morenas.—"Los caballeros las prefieren rubias"".—Atracción de los defectos.—Son más atractivas las simpáticas.—Idealización.—La mujer estima la belleza femenina más que la masculina.—Los hombres fuertes.—Las declaraciones..... 63

DEL NOVIAZGO HASTA LA BODA.

Atracción de la disparidad.—La gran alcahueta.—Resultado de una encuesta.—Contrariedades de amor.—Inconvenientes de la unión matrimonial.—La monotonía de la tranquilidad.—Duración prudente de las relaciones.—Lindes de perversión.—Táctica equivocada.—El noviazgo ideal.—Los enamorados, amigos.—La reflexión de la edad. Inconvenientes graves de las bodas prematuras..... 81

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I.

Muchacha "swahili"..... 16

LAMINA II.

A. Muchachas birmanas..... 17
B. Mujer ouled-nail..... 17

LAMINA III.

Jefe maori 32

LAMINA IV.

Isleño de Tonga..... 33

LAMINA V.

Desarrollo precoz..... 48

LAMINA VI.

Matrimonio kalmuko..... 49

LAMINA VII.

Tipo maternal..... 64

LAMINA VIII.

Mujer waganda..... 65